# LOS HOMBRES de la historia

6

la Historia Universal
a través de
sus protagonistas

# Churchill

Centro Editor de
América Latina



Ernesto Ragionieri

# LOS HOMBRES *de la historia* 6

Si bien es un hecho comprobado que los pueblos y naciones, en general, dan origen a sus figuras de mayor relieve en periodos de ascenso y expansión, Winston Churchill es una de las excepciones más notables a esta regla.
El descendiente de aristocrática familia, nacido en 1874 en Blenheim (Inglaterra), fue en efecto una personalidad fuera de lo común que "iluminó el largo crepúsculo del Imperio Británico".
Discutido y combatido, pero no por ello menos representativo, reunió en sí las virtudes que transforman a un político en un gran conductor, y en su dilatada vida lo guió un único objetivo: acrecentar la grandeza del Imperio al que consideraba el baluarte del sistema liberal frente a los avances de los nuevos movimientos que surgían en el mundo.
Movido por una fe indestructible en los valores de Inglaterra, fue su defensor más tenaz y lúcido y no retrocedió ante ningún obstáculo para mantener el predominio de su país, único modo, en su opinión, de conservar el equilibrio político mundial. De allí los súbitos y múltiples cambios con que sorprendió a sus contemporáneos a lo largo de su actuación pública: conservador por tradición familiar y propias convicciones, no vaciló en ingresar a las filas del partido liberal; profundamente anticomunista, se alió sin dudar con la Unión Soviética cuando el porvenir de Inglaterra estuvo en juego ante el arrollador avance del nazismo durante la segunda guerra mundial.
Winston Churchill no pudo detener el proceso de decadencia de su patria como gran potencia; el curso de la historia está por encima de la voluntad de un individuo, pero tal vez por ello mismo su figura adquiere mayores dimensiones.
Porque en la terrible emergencia que significó para la humanidad la guerra de 1939, fue el líder de la resistencia sin claudicaciones: un líder sin el aval de un gran imperio pero no por ello menos firme en su fortaleza e irrenunciable creencia en el triunfo final de la causa de Inglaterra.
Convicción que no lo abandonó hasta su muerte, en 1965, y que se condensa en una de sus frases más famosas: "El Imperio Británico es para mí el Alfa y el Omega. Lo que es bueno para el Imperio Británico también es bueno para mí'.

---

**Primeros títulos**

1. **Freud**
2. **Picasso**
3. **Gandhi**
4. **Lenin**
5. **Einstein**
6. **Churchill**
7. **Piaget**
8. **García Lorca**
9. **Hitler**
10. **Chaplin**
11. **Stalin**
12. **Juan XXIII**
13. **Hemingway**
14. **Roosevelt**
15. **Mussolini**

---

Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S.p.A. - Roma Milán.
Director responsable: Pasquale Buccomino
Director editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Lisa Baruffi, Mirella Bini, Ido Martelli, Michele Pacifico, Fulvio Pontrelli.

Ilustraciones del fascículo Nº 6
Associated Press: p. (5); p. 12 (1.2); p. 16 (1); p. 21 (1); p. 23 (1. 2. 3. 5. 6. 7.) p. 24 (2.3.4.5.)
Brown Brothers: p. 8 (1.2)
Camera Press: p. (5); p. 26 (1)
Culver Pictures: p. 28 (1)
Keystone, Londres: p. 16 (2.4)
Imperial War Museum: p. 16 (3)
Mirrorpic: p. 14
Punch-Culver Pictures: p. 19 (2)
Radio Times Hulton Picture: p. 3 (1) p. 4 (1.2.3.4.5.6.7); p. 6 (1) p. 8 (3.4); p. 11 (1.2.3.4)
Ryan-National Trust: p. 23 (2)
United Press: p. 24 (1)
USIS, París: p. 19 (1.3)
Jack le vien Prod.: p. 21 (2.3)
Woodmansterne: p. 3 (2)

Traducción de Néstor Míguez

Centro Editor de América Latina
Salta 38 - Buenos Aires
Sección Ventas: Junín 981 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina

Distribuidores en la República Argentina:
Capital: Mateo Cancellaro e hijo.
Echeverría 2469, 5º C, Buenos Aires
Interior: Distrimeco S.R.L.
Av. La Plata 2138, Buenos Aires.
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos Indugraf S.A.
Mendoza 1523 Lanús Oeste, Bs. As.
en diciembre de 1984

# Churchill

*Ernesto Ragionieri*

**1874**

Nace el 30 de noviembre en Blenheim, cerca de Oxford. Es hijo de lord Randolph Churchill, duque de Marlborough, y de Jenny Jerome.

**1894-95**

Después de asistir a la elegante Escuela Pública de Harrow, entra como pupilo al colegio militar de Sandhurst; se lo nombra, luego, subteniente del IV Regimiento de Húsares.
Designado corresponsal del "Daily Telegraph" de Londres, parte hacia el cuartel general de las fuerzas de Manalaand, destacadas en las hondonadas de los valles de Himnayka.

**1898**

Mientras el gobierno británico se dispone a declarar la guerra a los derviches, asume el cargo de corresponsal de guerra del "Morning Post". En el verano, se une al 21º Regimiento de Lanceros y durante tres semanas cabalga hacia el sur a lo largo del Nilo. El 1º de setiembre se divisa el ejército de los derviches en las cercanías de la ciudad de Omdurmán. Al día siguiente, Winston participa en la carga de la caballería, en Kartum.
Vuelve en otoño de la campaña de Egipto y solicita la baja del ejército para dedicarse a la política postulándose como candidato conservador.

**1899**

Toma parte en la campaña electoral que se desarrolla en Oldham. Los liberales derrotan ampliamente a su partido. En octubre, se embarca hacia Sudáfrica como enviado especial del "Morning Post" y llega al frente boer por Eastcourt. Se encuentra con un viejo amigo, Leo Amery, enviado del "Times".
El 14 de noviembre, durante un reconocimiento, cae en una emboscada y es hecho prisionero. Llevado a un campo de concentración de Pretoria, logra huir durante la noche del 12 de diciembre y después de una serie de aventuras, llega de vuelta a Inglaterra.

**1900**

Se lanza a la lucha electoral como candidato conservador en el distrito de Oldham, donde había sido derrotado en 1898. Gana por estrecho margen.

**1901**

El 27 de enero pronuncia por primera vez un discurso en la Cámara, en un debate referente a los boers.

**1902**

En una moción relativa a cuestiones sudafricanas, se alinea con la oposición.

**1903**

Entra en lucha abierta con el líder proteccionista Joseph Chamberlain y realiza una gira por el país para promover la causa del liberalismo económico. Invita a los liberales de todos los partidos a formar un frente único. Durante un discurso suyo en la Cámara, los conservadores abandonan la sala: esto sella el fin de su vínculo con el Partido Unionista.

**1904-1905**

Churchill no pierde ocasión de poner en dificultades a Balfour —su ex líder neutral en la cuestión fiscal—, quien se ve obligado a renunciar. Se forma un nuevo ministerio liberal con Campbell-Bannerman, en el que Churchill desempeña el cargo de subsecretario parlamentario para las colonias (hasta 1908).

**1906**

Sólo por su espíritu combativo, Winston elige como circunscripción electoral el noroeste de Manchester. Los liberales ganan los seis escaños, y Winston vuelve a la Cámara por una mayoría de 1.241 votos.

**1908-1910**

Se nombra a Churchill ministro de Comercio.
En 1908 es derrotado en las elecciones de Manchester, pero por invitación de los liberales escoceses se presenta en Dundee y obtiene una amplia victoria. Vuelve, por ende, al seno del gobierno como ministro de Comercio. En ese año se casa con Clementine Hozier.

**1910**

Durante una crisis de gobierno, Winston actúa en estrechísima colaboración con Lloyd George.
Se presenta, a las elecciones, en el distrito de Dundee y sale vencedor. Rechaza el Ministerio para Irlanda y asume el cargo de ministro del Interior. El problema más grave que se le presenta en sus nuevas funciones es el mantenimiento del orden durante la violenta y prolongada huelga minera. En diciembre, es reelegido en las elecciones de Dundee.

**1911**

En agosto, el gobierno alemán envía la cañonera *Panther* al puerto de Agadir, en Marruecos. Esto provoca una crisis inmediata en toda Europa. Se envía a Churchill al Almirantazgo, y en octubre se lo elige Primer Lord del Almirantazgo. Mantendrá este cargo durante los cuatro años siguientes, hasta el fracaso de la empresa de los Dardanelos (1915), que había promovido y defendido.

**1912**

Ruptura de las relaciones entre Churchill y Fisher, por causa del nombramiento, hecho por el primero, en cargos importantes de algunos almirantes no gratos a Fisher.

**1914**

28 de junio: atentado de Sarajevo; comienza la primera guerra mundial.
En noviembre, Churchill designa a lord Fisher en el cargo de Primer Lord del Mar.

**1915**

Churchill renuncia en noviembre a sus funciones de Primer Lord. Se traslada a Francia, donde French le ofrece el mando de una brigada. Presta servicios durante un mes en el cuerpo de granaderos, después de lo cual se le asigna la Brigada de la División de Bridges. Pero con el reemplazo de French por Haig se le otorga el mando de un batallón, el Sexto de Fusileros de Escocia. En este año, es nombrado también Consejero del Ducado de Lancaster.

**1916**

En el otoño, vuelve a la Cámara de los Comunes y reinicia la actividad política.

**1917**

El 16 de julio se le ofrece el Ministerio de Armamentos, a pesar de la oposición de

algunos miembros del Partido Conservador. Mantiene este cargo hasta 1918.

**1918-1919**

Se inscribe, para las elecciones, en la lista de Dundee, y sale victorioso. Se le presenta la oportunidad de elegir entre el Ministerio de Guerra y el Almirantazgo. En un principio opta por éste, pero luego prefiere el Ministerio de Guerra y Aeronáutica, en el que permanecerá hasta 1921. Se convierte en el propulsor de la intervención inglesa —y aliada— a favor de los ejércitos blancos, en la Rusia Septentrional, contra el poder soviético.

**1920-1921**

A fines de 1920 asume el cargo de Secretario de las Colonias, cargo que mantendrá hasta 1922. Se traslada a El Cairo para hacer frente a los problemas de Medio Oriente.

**1922**

Después de caer el gabinete de Lloyd George, Churchill es derrotado, al igual que en las elecciones del año siguiente, en Dundee.

**1924-1929**

Febrero: rival del candidato conservador por el distrito de la Abadía de Westminster, sale derrotado, aunque por pequeñísima diferencia de votos (8.187/8.144). Pocos meses después se convoca a elecciones generales. Winston se presenta en la circunscripción rural de West-Essex como candidato conservador. Cuando Sir Baldwin anuncia la formación de su nuevo ministerio, su nombre aparece en la lista. Se lo nombra Canciller del Tesoro, cargo que mantendrá hasta 1929.

**1929**

Triunfa en las elecciones, en la lista de Essex. Durante diez años no formará parte del gobierno; se retrae en una libertad de acción crítica, orientada en particular hacia la política exterior de los gobiernos de Baldwin y de Chamberlain. Se lo nombra rector de la Universidad de Aberdeen y publica *La crisis mundial* que había comenzado en 1923.

**1930**

Se lo nombra Canciller de la Universidad de Bristol. Publica *Mi primera juventud*.

**1936**

Diciembre: abdicación de Eduardo VIII, a quien sucede en el trono su hermano Jorge VI. Antes de abdicar, Eduardo había consultado con Churchill.

**1937**

Publica *Marlborough, su vida y su época*, comenzado en 1933. Se intensifica su crítica a la *policy of appeasement* (política de apaciguamiento).

**1939**

El 1º de setiembre Alemania invade Polonia. El 3 de setiembre Inglaterra y Francia declaran la guerra a Alemania y, el mismo día, Chamberlain forma un gabinete de guerra; Churchill lo integra como Primer Lord del Almirantazgo.

**1940 - 1945**

El 8 de mayo renuncia Chamberlain. El rey llama a Churchill y le confía la tarea de formar el nuevo gabinete. El 10 de mayo recibe Winston el nombramiento de Primer Ministro y Primer Lord del Tesoro. Veinticuatro horas después anuncia la formación de un gabinete de guerra compuesto por cinco miembros y jefes del departamento militar. Asume personalmente el cargo de ministro de Defensa.

Cae París y Churchill se traslada a Francia para tratar de impedir la caída del gobierno. Asume el control de la retirada del ejército expedicionario británico, luego de la batalla de Dunkerke. Pétain constituye el nuevo gobierno colaboracionista francés, pide el armisticio y se instala en Vichy. Churchill apoya y recibe a De Gaulle que organiza el Comité de Francia Libre. Pronuncia un famoso discurso alentando a sus compatriotas a perseverar en la lucha y prepararse para una larga lucha. 1941: Advierte el peligro de los ataques aéreos y dirige personalmente, con su inspección, los refugios de la población urbana. Decide el inicio de la guerra en el norte de Africa. Ante la invasión de la URSS por los alemanes, se traslada a Rusia y establece un pacto de compromiso. Firma con Roosevelt la "Carta del Atlántico" y estrecha la alianza con EE.UU. al entrar este país en guerra. 1942: El Parlamento le aprueba el presupuesto de guerra, el más elevado de la historia británica. Se traslada a Africa a celebrar la victoria de El Alamein; se reúne con Roosevelt; supervisa el desembarco norteamericano en el norte de Africa. No accede a los reclamos de independencia del Congreso indio. 1943: Luego de la derrota del nazi-fascismo en Africa logra la aprobación por parte de los otros aliados del plan de invasión a Italia. Continúa apoyando a De Gaulle como único líder de los franceses libres. Junto a Stalin y Roosevelt preside las conferencias de Moscú, El Cairo y Teherán. 1944: Visita Roma luego de la entrada de los aliados y asiste a la partida de las tropas que han de desembarcar en Normandía (Día D) y en Provenza. Liberada el norte de Francia y Bélgica, inspecciona el campo de batalla. Visita París que lo aclama. Insta a Alemania a rendirse, luego del frustrado atentado contra Hitler. 1945: Ofensiva final que acaba en la rendición de Alemania, anunciada por Churchill un minuto antes que lo hicieran sus aliados.

El 17 de julio, junto con Truman y Stalin, inaugura la Conferencia de Potsdam, durante la cual se fijan los detalles de la futura administración de Alemania. El 25 de julio, en Londres, se entera de que ha sido derrotado en las elecciones por el laborista Attlee.

**1946**

Pronuncia en Fulton, Estados Unidos, un discurso en el que proclama la necesidad de contener la expansión soviética y señala el comienzo de la "guerra fría".

**1950-1951**

Con 75 años de edad, es el más viejo candidato de las fuerzas de la oposición en las elecciones de Woodford. Vence a Sir Hill por amplio margen (31.239 votos contra 18.740). El 2 de octubre se traslada al Palacio de Buckingham para recibir del rey el mandato para formar nuevo gobierno, del cual es Primer Ministro poco antes de su 77º cumpleaños.

**1953**

Isabel II lo condecora con la Orden de la Jarretera. Por su colosal obra *Segunda Guerra Mundial* se le otorga el Premio Nobel de Literatura.

**1954**

En el mes de abril, Churchill deja el cargo de Primer Ministro a Anthony Eden.

**1963**

El 1º de mayo abandona toda actividad política y se retira a la vida privada.

**1965**

Muere a las 8 y 30 del 28 de enero. Sus restos reposan en el cementerio de la iglesia de St. Martin, en Blandon.



1

1. *John Churchill (1650-1722), primer duque de Marlborough, antepasado de Winston Churchill.*

2. *La habitación de Blenheim Palace, donde nació Winston Churchill.*



Desde que Voltaire llamó al siglo XVII el "siglo de Luis XIV", fueron innumerables los intentos realizados por los historiadores para fijar la imagen de un siglo con el nombre de un personaje o una nación, de una invención científica o una aplicación técnica. No hay tal vez definición menos unilateral que aquella que se atribuye a veces al siglo XIX al caracterizarlo como el "siglo de Inglaterra". Esta definición expresa realmente, con amplitud y eficacia, algunas de las tendencias fundamentales de la historia universal en el siglo que precedió a éste, en el que vivimos.

El siglo XIX fue el "siglo de Inglaterra", en primer lugar, porque en él llegó a su apogeo y logró una expansión paralela al conocimiento alcanzado entonces de todo el planeta, el imperio más grande que haya conocido la historia: el Imperio Inglés. Extendido por los cinco continentes y enriquecido —justamente en el siglo XIX— con las posesiones de Australia, India y grandes zonas de Africa y América, el Imperio Británico era realmente mundial. Ni el Imperio Chino, ni el Romano, ni el Musulmán, alcanzaron nunca una extensión aproximadamente comparable al mismo. Inmensos, colosales y omnipotentes ante los ojos de sus contemporáneos, estos imperios se revelan a la consideración histórica de una humanidad para la cual ya no hay parte alguna del globo inexplorada o inexplorable como imperios circunscriptos sustancialmente dentro de una sola región del mundo.

La extensión geográfica del Imperio Británico, sin embargo, sólo era el signo exterior de su fuerza, pero no constituía el secreto más íntimo de su extraordinario poderío. La formación del Imperio Inglés fue tanto una causa como un efecto de la virtual unificación del mundo, de la constitución en una única trama de las relaciones económicas y políticas, que no alcanzaba todavía a los aspectos sociales y culturales. En el momento de mayor brillo de su imperio, Inglaterra fue el "taller del mundo"; es decir, no solamente el país en el cual se inició la revolución industrial, sino también el que realizó un grandioso esfuerzo para lograr la unificación del mercado mundial, de modo de convertirse en su centro productivo y transformar así al mundo en una zona de producción de las materias primas necesarias para su industria o en un mercado abierto a sus productos manufacturados. La superioridad cualitativa de la producción industrial inglesa abrió por la fuerza, los viejos mundos de la India y de China y disolvió sus arcaicas estructuras tradicionales; en Europa se afirmó imponiendo la doctrina de la libertad de comercio.

Del mismo modo, después de la derrota de Napoleón por Nelson y Wellington, Inglaterra se convirtió, en el plano político y de modo indiscutido, en la mayor potencia del mundo. Como potencia mundial, desligada de todo acuerdo o pacto de carácter permanente con cualquiera de las otras grandes naciones, reguló a distancia el juego de relaciones y oposiciones en el continente europeo. En la vieja Europa, perturbada más que nunca por las rivalidades entre los viejos y nuevos estados —agudizadas por la aspiración a la independencia de nacionalidades hasta ese momento divididas y oprimidas— se buscaba un difícil equilibrio político entre clases sociales en descomposición, consolidación o formación; en esta Europa no se produjo ninguna modificación importante de la que Inglaterra no fuera su impulsora indirecta o su sabia reguladora: ya sea la difusión en muchos países del proceso de industrialización o la reconstitución en estados nacionales de pueblos de antigua cultura, o la propagación de las constituciones liberales. Pero a comienzos del último cuarto del siglo XIX comenzó la decadencia del Imperio Inglés. Es verdad que su constitución política no mostraba todavía las huellas de este comienzo de declinación, pues estaba dirigida por una clase política hábil, siempre pronta a introducir los retoques necesarios. La flota inglesa todavía dominaba los mares en forma indiscutida, y los países que habían conquistado recientemente su independencia nacional y que aspiraban al papel de "gran potencia" —Italia, por ejemplo— todavía podían hacer de la amistad con Gran Bretaña un objetivo inapreciable e indiscutible de su política exterior. Pero las premisas inexorables de la decadencia del Imperio existían ya; de allí en adelante, Inglaterra ya no sería el único "taller" del mundo.

Casi simultáneamente, desde hacía más de un decenio, dos grandes países como los Estados Unidos y Rusia —con la guerra civil y con el decreto de emancipación de los siervos de la gleba, respectivamente— habían asestado golpes decisivos al predominio social de la gran propiedad terrateniente, y se encaminaban decididamente hacia un proceso de industrialización que aprovecharía, aunque con formas muy diferentes, sus enormes riquezas naturales.

Un país asiático, Japón, pobre en materias primas pero dispuesto a asimilar velozmente las técnicas de los audaces europeos que habían violado su aislamiento, comenzó a yuxtaponer la moderna producción industrial a una estructura social en muchos aspectos todavía feudal. En el centro mismo del continente europeo, aparte de las dificultosas relaciones con su secular rival —Francia—, comenzaba a definirse la amenazadora competencia de Alemania, que en el curso de su proceso de unificación nacional había desarrollado su propia industria con ritmo avasallador. A partir de ese momento, Inglaterra perdió gradualmente la primacía en la producción de carbón, acero y hierro, primacía que fueron conquistando los nuevos estados industriales. Se inicia entonces la competencia en la expansión colonial entre las grandes potencias, y surge la perspectiva de una guerra para lograr una nueva distribución de las colonias y de las esferas de influencia.

Pero la decadencia del Imperio Inglés no es menos grandiosa que su ascenso y su apogeo, salpicada como lo estuvo de victorias tácticas y derrotas estratégicas. El carácter sumamente complicado que ha adquirido la crisis general del imperialismo —por la concurrencia de una vastísima gama de factores, al formarse nuevos imperios y surgir en todos los continentes nuevas realidades sociales y nacionales— ha suministrado sin duda la ocasión más propicia para el despliegue de la actividad de una clase dirigente muy experimentada, cauta, capaz de limitar sabiamente y atenuar en forma regulada su voluntad de dominio. Es por eso curioso, pero no del



1



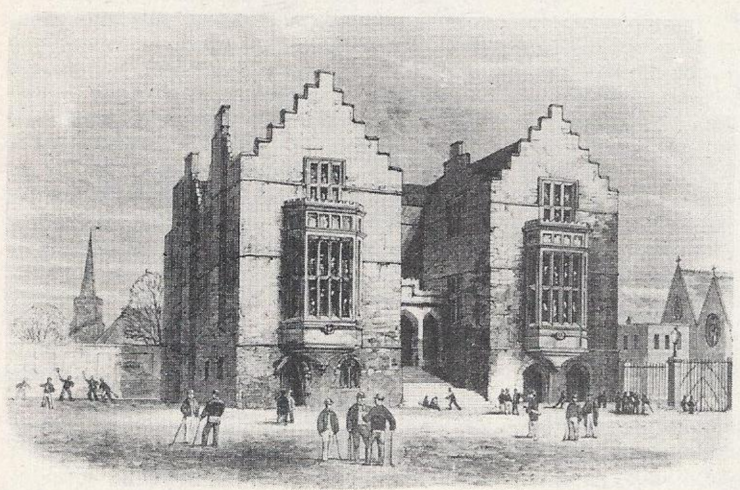
2



3



4



5



6



7

1. *La madre de Churchill, Jenny Jerome, destacada ciudadana norteamericana.*

2. *Randolph Henry S. Churchill, padre de Winston.*

3. *Winston a los siete años.*

4. *Subteniente del 4º Regimiento de Húsares de la India, en 1896.*

5. *La Harrow School, a la que concurrió Winston durante su adolescencia.*

6. *A los quince años, con el uniforme de la Harrow School.*

7. *A los veintiún años, con el uniforme de gala de los Húsares de la Reina.*

todo incomprensible que si bien los pueblos y las naciones dan origen generalmente a sus figuras más relevantes en períodos de ascenso y expansión, el largo crepúsculo del Imperio Británico haya sido iluminado por una personalidad excepcional como la de Winston Churchill. No se trata, por cierto, de una de las personalidades espiritualmente más ricas en la larga historia de la clase dirigente inglesa; es una personalidad discutida y combatida, pero no por ello menos representativa. Es un hombre que ha compartido profundamente con su época ese amor por la aventura tan frecuente en los períodos de grandes transformaciones políticas y sociales. Pero es también un hombre político, que supo encarnar una fe indestructible en el Imperio al que sirvió durante toda la vida y que, probablemente, murió con la convicción de que en la historia humana no ha habido una constitución política mejor que la que rigió la larga vida del Imperio Inglés.

### Los años de su formación

Pero el defensor más tenaz y lúcido que iba a tener el Imperio en el curso de su decadencia era, sólo en parte, un típico conservador británico. Su origen familiar, no menos que su lugar de nacimiento, parecían predestinarlo en tal sentido: Winston Leonard Spencer Churchill nació el 30 de noviembre de 1874 en el castillo de Blenheim, cerca de Oxford, que su gran antepasado John Churchill, duque de Marlborough, jefe de las fuerzas inglesas en la guerra de la sucesión española, había hecho edificar en el terreno donado por la reina Ana para recompensarlo por las victorias militares que habían dificultado a Luis XIV establecer su hegemonía en el continente europeo. Precisamente de una de esas victorias tomó su nombre. Provenía, pues, de una de las más grandes familias aristocráticas de Inglaterra. Pero este mismo origen familiar contenía otras tendencias contrapuestas. Su madre, la bellísima Jenny Jerome, no provenía de las filas de la aristocracia inglesa: era hija de Leonard Jerome, el afortunado propietario-director del "New York Times"; y su padre, Randolph Churchill, durante su breve pero tumultuosa aparición en la política inglesa, se había hecho famoso por su carácter rebelde y difícil; en efecto, como Canciller del Tesoro en el Ministerio presidido por lord Salisbury, personificó la tendencia de la democracia *tory*, esto es, de la corriente del Partido Conservador favorable a una alianza con algunos estratos de la clase obrera, con el fin de arrancar de las manos de los liberales la causa de las reformas. Si de su familia materna y del contacto directo con su madre —que fue durante mucho tiempo su consejera— el joven Churchill pareció heredar el desprecio por las convenciones y el espíritu de aventura, de las aversiones que su padre había recogido en el curso de su carrera política— hasta ser excluido de ella con una desilusión que pronto lo llevó a la tumba— Churchill conservó, más que una sombra en el recuerdo, el impulso de una extraordinaria combatividad.

Estos aspectos personales de su origen familiar se acentuaron, en lugar de atenuarse, en el curso de la formación intelectual y la experiencia política del joven Churchill. Y ello porque su educación fue diferente de la recibida por la mayoría de los hijos de la aristocracia británica. Como él mismo explicó en sus memorias de los años juveniles, ninguna de las enseñanzas fundamentales que caracterizaban a esta educación le era realmente afín. Ni la de las lenguas antiguas —latina o griega— de las cuales los jóvenes diputados de la Cámara de los Comunes solían extraer citas con las que adornaban sus discursos parlamentarios; ni la del *cricket*, el ornamento mundano más difundido de esa educación.

El joven Churchill sobresalía más bien en la equitación y la esgrima; entre las disciplinas intelectuales, se aplicaba en particular al estudio de inglés. La carrera militar parecía, por lo tanto, la canalización necesaria de estas aptitudes; y poco después de los veinte años, Churchill egresó de la Academia de Sandhurst como subteniente de húsares. En segundo lugar, el mismo aprendizaje militar de Churchill, entre 1895 y 1900, fue una mezcla de guerras y de aventuras, vividas en un clima hecho en parte de nostalgia por las guerras que el mundo parecía haber dejado atrás desde hacía algunos decenios, y en parte, de búsqueda de emociones en regiones exóticas y lejanas. El joven oficial inglés recibió su bautismo de fuego en Cuba, donde tomó parte en 1895 como observador, en una expedición de las tropas españolas destinada a doblegar la resistencia de los cubanos, sublevados bajo la conducción de Martí para afirmar su independencia nacional. Pero de esa experiencia no parece haberle quedado mucho, fuera de la confusa y desagradable sensación de que existían otros hombres y otras naciones para los cuales su propio "imperio" era tan sagrado como para los ingleses y para Inglaterra el Imperio Británico, o el hábito —que conservó toda la vida— de fumar grandes cigarros. En cambio, muy distinto peso tuvo en su formación la participación en campañas militares en la India, Sudán y Africa meridional, ya como oficial de caballería, ya como corresponsal de diarios ingleses, o como ambas cosas a la vez; unión característica, esta última, de este guerrero que iba al encuentro de la guerra sin hacer ostentación de su coraje, pero que trataba también de conseguir de ella los medios para asegurarse la tranquilidad financiera de que carecía un segundón de familia aristocrática. En la India, participó en una serie de operaciones enfrentando a tribus rebeldes que habitaban tierras montañosas de los confines noroccidentales. En el Sudán, tomó parte en la carga del regimiento 21º de Lanceros durante la batalla de Omdurmán, con la cual las tropas angloegipcias conducidas por lord Kitchener pusieron fin al reino de los derviches. Más compleja fue su experiencia durante la guerra anglo-boer. Enviado como corresponsal por el "Morning Post" de Londres al Africa meridional, intervino por espíritu de aventura en una empresa bélica y fue hecho prisionero por los boers. Internado en Pretoria, logró huir, eludiendo la vigilancia y sustrayéndose también a la jugosa recompensa que los boers habían puesto a su cabeza.

La fuga de la prisión, con el relieve que le dieron los diarios y con la feliz narración que el mismo Churchill hizo de ella en un libro, le abrieron las puertas de la política.

En 1899, antes de esa aventura, se había presentado, como candidato por el Partido Conservador, en las elecciones para ocupar vacantes de la Cámara de los Comunes en el distrito de Oldham, en Lancaster, pero había sido derrotado. Poco más de un año después, en una elección parcial, el mismo distrito de Oldham lo elige como representante suyo.

### De conservador a liberal

El joven diputado conservador se revela pronto como uno de los más vivaces y originales oradores de la Cámara de los Comunes. Churchill no fue un orador nato: durante toda su vida, la pronunciación de la "s" dejó siempre bastante que desear. Su formación cultural fue también irregular. En la escuela militar no había aprendido mucho, pero en la India había pasado por un período de meditaciones y lecturas que le revelaron, con Gibbon y Macaulay, su amor por la historia y una vaga curiosidad por los problemas económicos y morales. Pero Churchill ponía en sus discursos el peso de la tradición familiar y el tesoro de la experiencia ya realizada, expresado en un inglés plástico y potente. No fue, sin embargo, un diputado conservador demasiado sometido a las directivas del propio partido. El motivo de contraste más significativo se planteó con respecto al problema de la reforma del ejército. A raíz de las deficiencias demostradas por el ejército inglés durante la guerra anglo-boer, el ministro de guerra, John Brodrick, había elaborado una reforma que preveía la creación de seis cuerpos de ejército según el modelo continental, tres de los cuales debían estar listos para servir fuera de Gran Bretaña, en caso de necesidad. Churchill se opuso resueltamente a esto. Sus biógrafos suelen dar gran relieve a la parte introductoria del discurso pronunciado el 12 de mayo de 1901, en el cual Churchill afirmó que "levantaba de nuevo la bandera desgarrada y abandonada en un campo devastado", esto es, la bandera de su padre, Randolph Churchill, quien, justamente por su oposición al aumento de los gastos militares debió abandonar el cargo de Canciller del Tesoro en el gabinete de Lord Salisbury. En realidad, la continuidad con la tradición paterna no constituía más que una parte de la posición del joven Churchill. Si Randolph Churchill se había opuesto al aumento de los gastos militares en nombre de una mayor preocupación por los problemas internos, Winston se opuso a ellos en nombre de la insuficiencia que ese refuerzo del ejército inglés representaba para las efectivas necesidades militares que se le podrían plantear a Gran Bretaña en un nuevo conflicto. Churchill consideraba injustificada la formación de esos tres cuerpos de ejército, porque "uno era más que suficiente para combatir a los salvajes y tres no bastaban para combatir a los europeos". Churchill no solamente tenía el presentimiento de una nueva gran guerra, sino incluso de las nuevas y desconocidas características que ésta podría asumir: "Antes, cuando las guerras nacían de razones personales, de la política de un ministro o de la pasión de un rey, cuando se combatía con pequeños ejércitos regulares de soldados profesionales y cuando retardaban su avance las dificultades en las comunicaciones y los suministros, y a menudo se suspendía durante el invierno, era posible limitar las pérdidas de combatientes. Pero actualmente, cuando grandes pueblos se arrojan unos sobre otros, cada uno de ellos fuertemente exasperado e inflamado, cuando los recursos de la ciencia y de la civilización barren todo aquello que podría mitigar su furia, una guerra europea sólo puede terminar con la ruina de los vencidos y con la desorganización comercial y el agotamiento poco menos que fatal de los vencedores. La democracia es más vengativa que los gabinetes. Las guerras de los pueblos serán más terribles que la de los reyes". Al plan para reforzar al ejército, Churchill oponía su convicción de que el aumento demasiado rápido del armamento terrestre sólo comprometería el prestigio del Imperio, sin reforzar efectivamente, por lo demás, su seguridad. El prestigio de la libertad británica podía ser restaurado por la marina y sólo por la marina. Unicamente una marina poderosa permitiría mantener a distancia a cualquier adversario, "y mientras tanto deberemos fortalecernos hasta que seamos capaces, si lo consideramos necesario, de transformar toda ciudad de Inglaterra en un arsenal y toda la población masculina en un ejército".

Ya en este lejano discurso de los comienzos de su carrera política se perfilaba la preocupación que sería constante en Churchill: el predominio del interés por los problemas de la política externa con respecto a las cuestiones de política interna, la salvaguardia del Imperio inglés como criterio supremo para juzgar los problemas internacionales, la rapidez y la decisión en la previsión de la guerra como necesaria para la protección de este imperio y también el realismo en la estimación de todas las consecuencias posibles de una gran guerra europea. En el fondo, fueron también estas preocupaciones las que inspiraron, además de su orientación política general, sus actitudes y cambios de partido. El joven diputado *tory*, que había parecido tan infiel a sus colegas desde los primeros discursos pronunciados en la Cámara de los Comunes, no tardó, en efecto, en pasar a las filas de los liberales. La ocasión la suministró el cambio de política económica efectuado por el Partido Conservador. En 1903, el ministro de Colonias, Joseph Chamberlain, uno de los más influyentes líderes conservadores, había propuesto que Inglaterra abandonase la tradicional política liberal que había adoptado desde las grandes reformas de Sir Robert Peel, para establecer un impuesto sobre las mercancías importadas e introducir tarifas adoptadas conjuntamente con los otros estados proteccionistas. Conocemos el origen de estas propuestas de Chamberlain, que eran en el fondo la primera toma de conciencia activa de las amenazas de decadencia que se cernían sobre el Imperio Británico y que provenían del hecho de que Inglaterra ya no era el único "taller del mundo". Sin embargo, la reacción fue enorme: liberalismo y *Unión Jack*[1] constituían desde hacía demasiado tiempo un binomio inseparable ante los ojos de la opinión pública británica para que se pudiese escuchar con toda tranquilidad una apostasía de los principios liberales.

Por el hecho de orientarse cada vez más

[1] Palabras con que los ingleses acostumbran llamar a la bandera.

£25.-.-

(vijf en twintig pond stg.) belooning uitgeloofd voor de Sub-Commissie van Wijk V voor den Specialen Constabel dezer wijk, die den ontvluchte Krijgsgevangene Churchill levend of dood te dezen kantore aflevert. —

Namens de Sub-Comm. Wijk V
LodedeHaas
Sec

*Translation.*

£25

(Twenty-five Pounds stg.) REWARD is offered by the Sub-Commission of the fifth division, on behalf of the Special Constable of the said division, to anyone who brings the escaped prisioner of war

CHURCHILL,

dead or alive to this office.

For the Sub-Commission of the fifth division.
(Signed) LODK. de HAAS, Sec.

NOTE.—The Original Reward for the arrest of Winston Churchill on his escape from Pretoria, posted on the Government House at Pretoria, brought to England by the Hon. Henry Masham, and is now the property of W. R. Burton.

1



2

*1. Manifiesto fijado por las autoridades militares* boers: *se ofrece un premio de 25 libras esterlinas por la captura "vivo o muerto" del prisionero de guerra evadido Winston Churchill.*

*2. Winston Churchill, corresponsal de guerra en el frente de Africa del Sur.*

definidamente en la dirección de las propuestas de Chamberlain, el Partido Conservador se disgregaba y Churchill estuvo entre los que pasaron a las filas del Partido Liberal y contribuyeron al clamoroso triunfo de éste en las elecciones de 1906. Pero el joven diputado que había pasado del colegio electoral conservador de Oldham al liberal de Manchester había cambiado, en la inspiración fundamental de su política, mucho menos de lo que afirmaba públicamente. Al pasar de las filas de los *tories* a la de los *whigs*, Churchill seguía siendo el fiel servidor de la monarquía y continuaba considerando los intereses del imperio como el norte de su política. No podía decirse que Churchill estuviese menos preocupado que Chamberlain y sus amigos por las consecuencias de la expansión industrial y comercial alemana. Hemos visto que desde su primer discurso parlamentario importante, en 1901, había previsto una gran guerra europea inminente y perturbadora, y veremos también que reconocerá en Alemania —dedicada desde hacía años a formar, según el programa de von Tirpitz, una gran flota— a la principal rival de Inglaterra. Pero el principio conductor del comportamiento político de Churchill se presenta como sustancialmente diferente. Sólo un imperio compacto, guiado por una Inglaterra que hubiera eliminado de su seno los mayores peligros de inquietud interna, podría afrontar la gran prueba que ineludiblemente le esperaba. Tal fue la orientación que guió la acción de gobierno de Churchill como miembro de los gabinetes liberales de Campbell-Bannerman y luego de lord Asquith, en los años que precedieron a la primera guerra mundial, en un principio como subsecretario de Colonias y luego como ministro de Comercio y ministro del Interior. Por esta razón, Churchill se convirtió en el promotor de la reconciliación con los boers, contra los cuales había combatido con tanto encarnizamiento; por esta razón también provocó una intensa oposición en su nuevo partido, al pregonar y hacer triunfar la causa de la autodeterminación de esa Irlanda donde, de niño, había considerado a los "fenianos" como los más grandes y misteriosos enemigos de Inglaterra y del género humano. Por esa razón, él, que en el fondo sentía tan poco interés real por los problemas económicos y sociales, tan adverso al movimiento de los trabajadores en cualquier aspecto y en cualquier forma, sostuvo y aprobó las numerosas reformas sociales y políticas de las que se había hecho promotor el gabinete encabezado por lord Asquith. Las disensiones dentro del imperio, la rebelión de Irlanda, las tendencias revolucionarias que habían vuelto a fermentar en la clase obrera inglesa con una intensidad desconocida desde la declinación del cartismo, todo esto debía ser frenado, detenido o decapitado, si se quería que Inglaterra pudiese presentarse, en la prueba decisiva, libre de contradicciones internas demasiado graves. El Churchill que en 1911 es nombrado Primer Lord del Almirantazgo no hará más que recoger lo que él mismo y sus colegas habían sembrado en su actividad gubernativa.

**La primera guerra mundial**

No fueron muchos los políticos europeos de su época para quienes la guerra resultó no solamente tan poco inesperada, sino también tan clara en sus características principales. Por el contrario, Churchill fue uno de aquellos que más contribuyeron a que Gran Bretaña estuviera preparada al comenzar el conflicto. Después de la crisis de Agadir, cuando Guillermo II envió a ese lugar al crucero *Panther* para apoyar las pretensiones alemanas sobre Marruecos, la preparación de Inglaterra para la guerra se convirtió en el pensamiento dominante de Churchill. En octubre de 1911, Asquith lo trasladó de los asuntos del interior a la marina y, como Primer Lord del Almirantazgo, Churchill abordó con gran ímpetu la tarea que se le había confiado de "poner a la flota en estado de inmediata y constante preparación para la guerra en caso de un ataque por parte de Alemania".

Superando tenaces antagonismos en los niveles superiores de la marina británica, creó un Estado Mayor de la marina con el fin de modernizar y dar mayor eficiencia al arma en la cual se basaba la fuerza militar de Gran Bretaña, y asegurar además su coordinación con el ejército. Inició una estrecha colaboración con Fisher, que fue Primer Lord del Mar entre 1904 y 1910, y aseguró la promoción a los grados máximos de dirección de la flota, a John Jellicoe, el almirante de la batalla de Jutlandia.

Demostrando esa gran pasión —que lo distinguirá siempre— por todas las innovaciones técnicas y por su aplicación a la guerra, sustituyó el vapor por la nafta para la impulsión de las naves e hizo firmar por el gobierno un acuerdo con la Anglo-Persian-Oil-Company por el cual ésta reservaba a la marina de guerra británica la exclusividad de la producción de petróleo en tiempo de guerra.

Cuando los balazos de Sarajevo y luego el *ultimatum* austríaco a Servia provocaron la reacción en cadena de los pactos políticos y militares que unían y dividían a las grandes potencias europeas, Churchill, junto con el ministro del Exterior Grey, presionó, en el gabinete de Asquith, al ala menos inclinada a los compromisos y más favorable a renunciar a la alianza con Francia. El mismo Churchill definió su actitud en las semanas anteriores al 3 de agosto de 1914 como "muy belicosa". Se puede agregar sin rodeos que, en lo concerniente a su autoridad de Primer Lord del Almirantazgo, hizo todo lo posible por poner al gobierno inglés frente al hecho consumado de la movilización general de la marina; por iniciativa suya, el 28 de julio la flota se dirigió a sus bases de guerra y el 2 de agosto se dio la orden de movilización general. El resultado de toda esta actividad fue que la flota inglesa se halló preparada para el comienzo de las hostilidades y Alemania no pudo utilizar en el mar el factor sorpresa del que se había beneficiado ampliamente en las operaciones terrestres. Sin embargo, pese a todo lo que anticipó y preparó para esta prueba, y de que previó en muchos aspectos algunas de sus características fundamentales, la primera guerra mundial no fue la guerra de Churchill.

El hecho es que Churchill en el curso de la primera guerra mundial, no tuvo ocasiones o poderes suficientes para dirigirla de modo adecuado a las características que consideraba como las esenciales de la guerra moderna y en relación con las necesidades y posibilidades estratégicas del Im-



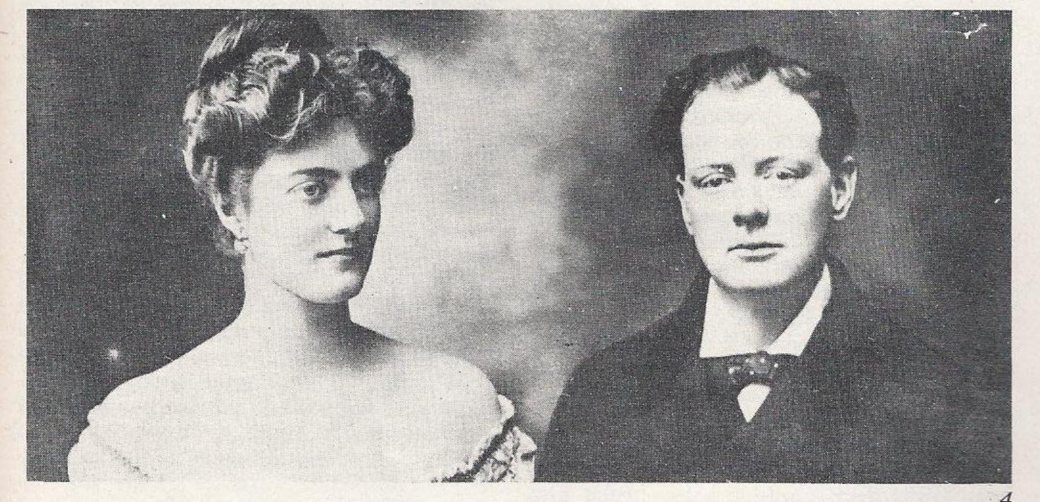
1



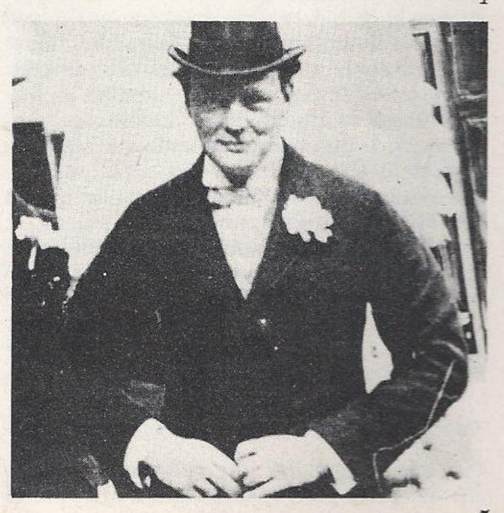
2



3



4



5

*1. Churchill, primer Lord del Almirantazgo.*

*2. Con el grado de mayor de caballería, Churchill interviene en las maniobras del ejército inglés en 1910.*

*3. Winston Churchill con su mujer Clementine.*

*4. Winston Churchill y Clementine en ocasión de su matrimonio.*

*5. Churchill el día de su matrimonio.*

perio inglés. Churchill pensaba que la entrada de Gran Bretaña en la guerra habría debido operar como un imponente catalizador de fuerzas, capaz de concentrar de inmediato en el plano político y militar, contra la coalición de los imperios centrales, la gran superioridad que tenía todavía Inglaterra como potencia naval, industrial y política. La consecuencia de esta concepción de la guerra no era solamente la necesidad de destruir la amenaza de la flota alemana. Significaba también arrancar de las manos de los imperios centrales, en particular de Alemania, la iniciativa militar, enfrentando activamente la ofensiva de los mismos en los frentes terrestres, occidental y oriental, y aplicando una estrategia que sellara la colaboración entre los aliados occidentales y Rusia, e indujera a las potencias medias y pequeñas —todavía neutrales— a alinearse junto a la Triple Entente.

Pero la primera guerra mundial no presentó ninguna de las características que anhelaba Churchill. Si bien la fuerza naval de Gran Bretaña tuvo una influencia decisiva sobre el conflicto, al bloquear el continente e impedir la llegada de suministros a Alemania, la *Home Fleet* [2] no logró nunca el objetivo de destruir la armada creada por von Tirpitz. La guerra se estabilizó en los frentes terrestres y se perfiló como una guerra de desgaste. Solamente a la larga la fuerza de Inglaterra pudo desempeñar un papel determinante.

Churchill trató de todas maneras de sustraerse a este destino. Coincibió los proyectos bélicos más fantasiosos, pero ninguno de ellos se realizó, al menos momentáneamente. En cambio, protagonizó dos episodios que respondieron tanto a esta concepción suya de la guerra como contribuyeron a un largo eclipse de su fortuna política: la resistencia de la fortaleza de Amberes y la tentativa de forzar el estrecho de los Dardanelos.

La fortaleza de Amberes era una posición clave del alineamiento defensivo franco-anglo-belga que trataba de resistir la maniobra envolvente iniciada por las tropas alemanas en el verano de 1914. De la resistencia que los belgas opusieran allí dependía, no sólo la solidez de todo el frente, sino también la posibilidad de mantener despejada la costa y permitir, por lo tanto, la llegada de los refuerzos ingleses.

Cuando los belgas estaban por capitular, sitiados ya por el avance de las tropas alemanas, Churchill se hizo enviar, el 3 de octubre de 1914, al lugar en el que se encontraba el gobierno, con el fin de reanimar el espíritu de resistencia de los belgas.

Usó todos los medios a su alcance y hasta pidió permiso al gobierno inglés para abandonar su cargo en el Almirantazgo para poder asumir la dirección de las operaciones militares. Logró postergar por algunos días la decisión de evacuar la fortaleza, pero no pudo impedirla.

Más grave y más significativo aún fue el fracaso de Churchill en la acción de los Dardanelos. El objetivo que perseguía Churchill era bastante claro: se trataba, en primer lugar, de establecer un contacto y una colaboración directa con los rusos, para transformar en una ventaja la estrategia de "líneas internas" adoptada por los imperios centrales. Pero de las dos posibilidades que se abrían en este sentido —una acción en el Báltico que hiciese salir a la flota alemana de los puertos donde se había refugiado, o una empresa en los Dardanelos que amenazara al Imperio Otomano y permitiese enviar por esta vía refuerzos al ejército ruso, gravemente afectado por los golpes de Hindenburg— Churchill eligió resueltamente la segunda. En verdad, ésta ofrecía la ventaja de unir el logro del objetivo militar principal con el fin político de acelerar un vuelco favorable a la Entente en la constelación mediterránea y balcánica. La intervención de Italia contra Austria y de Bulgaria contra los turcos habrían sido sus consecuencias necesarias, a la par que se hubiera debilitado de manera definitiva la solidez del Imperio Otomano.

Si bien la concepción político-estratégica de la empresa era clara, su ejecución, en cambio, fue confusa y contradictoria. Se comenzó por confiarla a las fuerzas terrestres, sólo apoyadas paralelamente por la marina, pero luego se asignó su realización únicamente a esta última, porque el frente occidental absorbía todas las divisiones disponibles. Por añadidura, lord Fisher, a quien Churchill —poco antes del comienzo de la guerra— había nombrado Primer Lord del Mar, no ocultaba su resistencia a embarcarse en esa empresa y su clara preferencia por una acción en el Báltico que pudiera provocar un encuentro, en mar abierto, con la flota alemana. Sea como fuere, el ataque a los fuertes exteriores de los Dardanelos comenzó el 19 de febrero de 1915 y fue realizado por una escuadra inglesa compuesta por navíos de viejo tipo, dotados de artillería pesada y apoyados por una división naval francesa. Después de dos semanas, los fuertes exteriores de los Dardanelos quedaron reducidos a silencio; pero se produjeron nuevas vacilaciones al efectuar el dragado de las minas y al proceder a atacar los fuertes intermedios e internos. El 18 de marzo, cuando catorce navíos ingleses y cuatro franceses realizaron el ataque definitivo, los turcos habían reforzado sus defensas y respondieron al cañoneo naval con un fuego nutrido. Los fuertes turcos fueron semidestruidos, pero un acorazado francés y dos cruceros ingleses fueron echados a pique. Frente a la incertidumbre que se produjo en el comando de la flota del Mediterráneo, así como a la divergencia entre Churchill —favorable a la continuación del bombardeo— y Fisher —inclinado a no utilizar la marina—, el Primer Ministro Asquith se decidió por esto último. Las tropas anglofrancesas desembarcaron en la península de Gallípoli el 15 de abril, pero debieron mantenerse en posiciones defensivas y se desangraron al rechazar una contraofensiva que los turcos habían podido preparar comodamente. La empresa que hubiera debido imprimir un nuevo curso a la guerra terminó así en la apertura de un nuevo frente, estático y terrestre. No se estableció contacto con Rusia. Italia firmó el pacto de Londres y entró en la guerra junto a la Entente, pero Bulgaria selló una alianza con los imperios centrales.

La dimisión de Fisher como Primer Lord del Mar no fue más que la última gota que hizo desbordar el vaso ya colmado de ira contra Churchill. El gabinete de unidad nacional que incluyó —esta vez— también a los conservadores, se formó en mayo de 1915 y siempre bajo la dirección de Asquith, relegó a Churchill al cargo puramente decorativo de canciller del ducado de Lancaster, mientras que el líder conservador Balfour lo reemplazó en el Almirantazgo. A los pocos meses Churchill renunció también al nuevo cargo y se trasladó al frente francés para comandar en las trincheras un batallón de infantería. Hasta 1917 no volvió a formar parte de un ministerio. Fue Lloyd George quien lo llamó al gobierno que presidía y lo nombró ministro de Armamentos; finalmente vio en acción a los *tanques* que había hecho proyectar hacia algunos años, y desahogando su dinamismo voló casi cotidianamente al frente experimentando incidentes de todo género, y logrando ser uno de los artífices de la victoria inglesa. Pero su peso en la dirección de la guerra no se hizo sentir de modo considerable.

### El "conservador anarquista"

Inglaterra salía victoriosa del primer conflicto mundial, pero la guerra había planteado en la metrópoli y en el Imperio problemas inmensos.

El origen de las cuestiones más graves e imprevistas fue la revolución de octubre de 1917 en Rusia. Si en un primer momento se manifestó, sobre todo, bajo la forma de la definitiva defección de la Entente de una de sus principales potencias políticas y militares, pronto se reveló en todo su alcance la amenaza que significaba la afirmación del poder socialista en un gran estado hacia el cual comenzaron a dirigirse los pensamientos y las expectativas, no solamente del proletariado europeo, sino incluso de los pueblos oprimidos por el imperialismo en Asia y Africa y para quienes la primera guerra mundial había sido como una "guerra civil" entre sus propios dominadores. Churchill asumió un papel de primera importancia en la reacción antisoviética de las grandes potencias europeas. Su agudo sentido de los intereses más profundos del Imperio Británico contribuía a hacerle adoptar tal actitud tanto como su sentido no menos agudo de conservación social, que lo había inducido —cuando era ministro del Interior en un gabinete liberal abierto a las reformas sociales— a ordenar en 1910 la marcha de las tropas contra los obreros huelguistas de Gales. Como ministro de Guerra del gabinete de Lloyd George, Churchill organizó el cuerpo expedicionario inglés que, en el verano de 1918, desembarcó en Arkhangel y en Murmansk para ayudar a las tropas del general blanco Kolchak, quien dirigía en la Rusia septentrional la lucha contra el poder soviético. El pretexto de esta expedición fue inicialmente favorecer la reapertura en Oriente del frente antialemán que, antes de las revoluciones de febrero y octubre de 1917 y después de la paz de Brest-Litovsk, habían contribuido a desguarnecer y luego a hacer desaparecer. Pero ni las tropas de los generales blancos ni el cuerpo expedicionario inglés fueron utilizados nunca para lograr tal fin. Su objetivo era en realidad estrangular desde su nacimiento al joven poder soviético. Churchill fue la mente rectora de esta intervención y de su prolongación

[2] Flota asignada a la defensa de las Islas británicas.

aun después del fin de la guerra mundial. Encargado de proceder a la evacuación del cuerpo expedicionario en el verano de 1919, trató por todos los medios de postergar la fecha de esta acción, en un vano intento por reforzar la posición militar y política de las fuerzas contrarrevolucionarias en Rusia. Churchill era autor de un plan —cuya ejecución estaba asignada al gobierno inglés, de común acuerdo con los otros gobiernos aliados— que preveía la transformación de Rusia en una unión federal regida por un gobierno de absoluta confianza de las potencias occidentales y capaz de aceptar, además de las reivindicaciones territoriales de todos los estados surgidos o fortalecidos al occidente de Rusia, después de la paz de Brest-Litovsk (desde Finlandia hasta los Estados Bálticos, desde Polonia hasta Rumania), también las aspiraciones autonomistas de las nacionalidades que habían entrado a formar parte del Imperio Zarista. Churchill acusará del fracaso de este plan a la actitud indecisa de las potencias aliadas y al mismo tiempo a la incapacidad de los generales blancos. Este plan estaba destinado a fracasar porque chocaba contra la política sagaz y realista del gobierno soviético, que destruyó la "prisión de los pueblos" que era el zarismo, no en función del imperialismo occidental, sino exaltando la unión de repúblicas nacionales federadas sobre la base de una nueva concepción y un nuevo uso del poder. En el antagonismo de orientaciones y simpatías que se iba delineando en todo el mundo alrededor de los problemas de la revolución soviética, Churchill pareció personificar, en los años de posguerra, la causa de la reacción social y de la opresión de los pueblos. Justamente en los días decisivos para la guarnición inglesa de Arkhangel, un joven socialista italiano, Antonio Gramsci, escribía: "Egipcios, hindúes, chinos, irlandeses, etc., como unidades nacionales, y todos los pueblos del mundo como proletariado, ven en el duelo entre Lenin y Churchill la lucha entre la fuerza que los tiene sometidos y la fuerza que puede crear las condiciones de su autonomía."

Pero Churchill pareció representar en esos años el espíritu de la reacción no sólo con respecto a la revolución socialista en Rusia. El historiador y novelista inglés Wells dijo por entonces que "si D'Annunzio hubiera sido inglés habría sido Churchill, y si Churchill hubiera sido italiano habría sido D'Annunzio". Y un escritor político italiano de orientación muy diferente de la de Gramsci, Luigi Salvatorelli, definió a Churchill como "un conservador anarquista", esto es, uno de esos conservadores prontos a recurrir hasta a la violencia para defender el orden social y político dominante.

Estas definiciones estaban destinadas a hallar amplia verificación en la actitud de apoyo entusiasta que asumió Churchill frente al fascismo: "No pude menos que quedar fascinado, como tantas otras personas, por el aire afable y simple del señor Mussolini y por su porte calmo y sereno —declaró Churchill el 20 de enero de 1927, como ministro del gobierno inglés, al final de una visita a Roma—. Su único pensamiento es el bienestar perdurable del pueblo italiano... Si yo fuese italiano, estoy seguro de que habría estado totalmente con vos desde el principio hasta el fin de vuestra lucha victoriosa contra los bestiales apetitos y las pasiones del leninismo... Italia ha demostrado que hay un modo de combatir las fuerzas subversivas, modo que puede atraer a la masa del pueblo a una cooperación real con la dignidad y los intereses del Estado."

En esta exaltación del fascismo italiano, presentado —no sin ostentación— como una terapia eficaz contra los males de todas las sociedades contemporáneas, el "conservador anarquista" reforzaba la convicción del imperialista inglés de que la Italia fascista era un útil freno al predominio francés en el continente europeo, e incluso una fortaleza de la política de "cordón sanitario" contra la Unión Soviética. "Paz al pueblo alemán, guerra a la tiranía bolchevique" era el lema que Churchill había tratado de imponer a la política exterior inglesa de posguerra, en una carta a Lloyd George de 1920. Era una nueva versión de la política de equilibrio, coloreada ahora con un asomo de aventurerismo y de agitación contra el primer estado socialista del mundo, y que en las conversaciones con la Alemania de Weimar preveía el apoyo a una estabilización institucional que permitiese entablar con el gobierno alemán tratativas tendientes a realizar un examen de los problemas financieros y políticos originados en los tratados de paz de 1919.

También la nueva conversión política de Churchill, que en 1924 lo lleva nuevamente a las filas del Partido Conservador, fue el fruto de esa acentuada preocupación de carácter social. En 1922, el gobierno de coalición formado en 1915, al día siguiente del fracaso de la aventura de los Dardanelos, se había desintegrado ante un problema de política internacional: el modo de enfrentar la agresividad de los turcos, que querían recuperar la posesión de los territorios ocupados por las tropas inglesas. Pero en realidad, la coalición conservadora-liberal estaba profundamente dividida también en política interna. El proceso de industrialización que se produjo en Inglaterra durante la guerra, los sufrimientos de los trabajadores y los soldados, la radicalización provocada por las luchas sociales y por el ejemplo de la revolución socialista en Rusia dieron un fuerte impulso al movimiento obrero y socialista.

También en Inglaterra se había formado un Partido Comunista, pequeño pero decidido y compacto, que actuaba como un aguijón sobre las organizaciones de los trabajadores. El laborismo había alcanzado gran difusión y sus representantes en la Cámara de los Comunes se habían más que triplicado con respecto a los de las últimas elecciones de preguerra. Para Churchill, las viejas discusiones sobre el proteccionismo y el liberalismo habían pasado a segundo plano con respecto al enfrentamiento con el socialismo. No hacía ninguna distinción entre los laboristas moderados, los comunistas ingleses y los soviéticos. La sombra de la amenaza socialista hacía que los incluyera a todos en una única furiosa aversión: "Gallacher no es más que un Morel que tiene el valor de sostener sus propias opiniones —solía decir en sus discursos electorales tomando como puntos de referencia un comunista y un laborista— y Trotski no es más que un Gallacher que tiene el poder de matar a las personas que no logra convencer." Con este enfoque, es lógico que Churchill propugnase, a partir de 1922, la constitución de un "partido del centro que reuniese en lo posible las fuerzas dispersas del conservadorismo y el liberalismo.

El ascenso al poder, a comienzos de 1924, de un gobierno laborista minoritario conducido por Ramsay MacDonald fue considerado por él como el mayor de los peligros, y la renuncia de los conservadores al programa proteccionista y la derrota de los liberales en las elecciones generales de 1924, como las ocasiones más propicias para retornar al Partido Conservador.

Esta nueva conversión política, sin embargo, fue para Churchill bastante más difícil y dolorosa que aquella tomada en los primeros años del siglo y que lo había llevado a las filas del Partido Liberal. Por tres veces consecutivas —en 1922, 1923 y 1924— Churchill fue derrotado en las elecciones y no pudo volver a sentarse en la Cámara de los Comunes. Perturbaban sus campañas tanto la opinión pública conservadora y patriótica, que le pedía cuentas de los hechos de Amberes y del desastre de Gallípoli, como los cantos revolucionarios de los obreros que le reprochaban la intervención contra la Unión Soviética en los días de la guerra civil. Al igual que al día siguiente del desastre de Gallípoli, Churchill parecía un hombre políticamente acabado, y quizás esta vez, ese hombre tan tenazmente orgulloso experimentó la sensación de la derrota. Después del más resonante fracaso electoral —el de 1922—, Churchill pareció perder esa agresividad que lo apuntaló en las horas más difíciles. El líder comunista Gallacher dejó, en sus memorias, una sugestiva descripción de la escena que proclamó los resultados electorales del distrito, en los que el candidato comunista sucumbió junto al famoso político. "El funcionario electoral se dirigió a Churchill preguntándole si quería decir algo. Churchill permanecía en pie, de espaldas a la ventana, en una actitud de irreparable desconsuelo. Se atormentaba nerviosamente el labio inferior y fijaba los ojos a lo lejos, hacia tiempos y lugares más felices, mientras su valiente mujer, sentada cerca de él, sollozaba en voz baja por solidaridad con su señor y dueño. El funcionario electoral se aclaró la voz y repitió la pregunta. La cabeza del eminente político se movió lentamente, de manera mecánica, para hacer un gesto automático de negación. El funcionario electoral estaba por dar fin a la ceremonia, cuando me adelanté y dije: 'Hablaré yo.' Fue como si Churchill hubiese experimentado una sacudida eléctrica. Levantó de golpe la cabeza, lanzó una mirada sobre los espectadores y se volvió a medias sin mover los pies. Por un instante, mi ejemplo casi le dio la fuerza necesaria para hacer un intento, pero le faltaba lo esencial, le faltaba la 'coordinación interior', como él mismo diría probablemente. Luego su cuerpo volvió a alinearse con los pies. La ocasión se había esfumado."

Pero finalmente, en 1924, con el apoyo del Partido Conservador, Churchill pudo ser elegido. Baldwin, que a fines de 1924 reemplazó al laborista MacDonald —ya abandonado por los derrotados y efímeros aliados liberales—, lo nombró Canciller del Tesoro. También en este cargo Churchill confirmó la fama que ya había comenzado a rodearlo en los años de posguerra. De todas sus sucesivas funciones ministeriales,



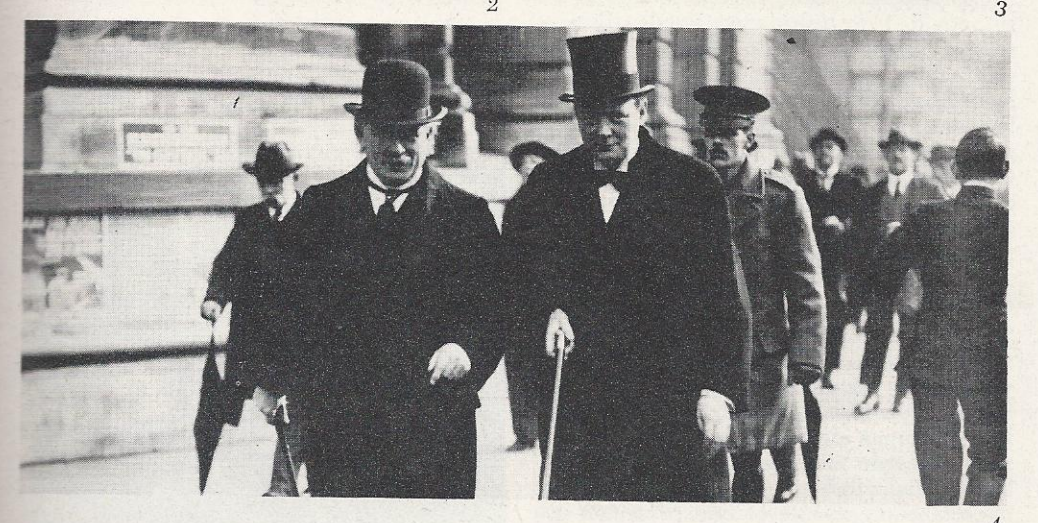
1



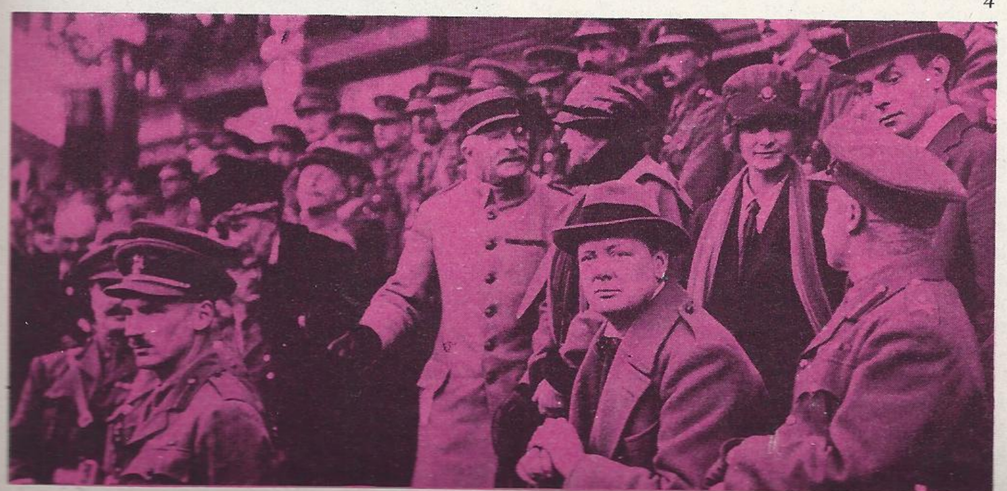
2



3



4



5

*1. En su calidad de observador militar inglés, Churchill saluda al Káiser Guillermo II durante las maniobras del ejército alemán, en Breslau en 1908.*

*2. Durante la guerra, Churchill habla a los obreros de una fábrica de municiones.*

*3. Churchill en Francia, en 1915, en el cuartel general del 33º cuerpo de ejército.*

*4. Churchill y Lloyd George en 1915.*

*5. Winston Churchill, ministro de Guerra, asiste a un desfile militar en Francia después de la victoria de 1918. Frente a él, Bernard Montgomery, a la sazón teniente coronel del ejército.*

ésta fue indudablemente la más desastrosa. Su política financiera, rigurosamente antiinflacionista y dirigida a reconquistar para la libra esterlina el peso y el valor que había perdido en el mercado mundial, fue duramente atacada en la Cámara de los Comunes por la oposición laborista. También el gran economista J. M. Keynes, muy famoso en aquellos años por su libro *Las consecuencias económicas de la paz* (1919), atacó despiadadamente en su opúsculo *Las consecuencias económicas de las medidas de Mr. Churchill* la política financiera que hacía pesar sobre las espaldas de empresarios y trabajadores un objetivo financiero orientado básicamente hacia el prestigio. Keynes afirmó que la revaluación de la esterlina, al obligar a los compradores extranjeros a pagar precios más altos por los productos británicos, provocaría una notoria reducción de las exportaciones, ya muy disminuidas en los años de posguerra. Acosados entonces por la necesidad de evitar una catástrofe económica, los capitalistas tratarían de disminuir los costos de producción mediante la reducción de los salarios, y esto provocaría una agudización de los conflictos sociales.

Las previsiones de Keynes demostraron ser exactas. La revaluación de la libra esterlina no solamente resultó incapaz de aliviar la grave crisis social que sacudía a Inglaterra (desde 1921 el número de los desocupados oscilaba en 1.300.000), sino que terminó por tener repercusiones bastante graves sobre las industrias exportadoras (siderúrgicas, mecánicas y textiles). Las grandes compañías propietarias de minas decidieron afrontar la crisis, agravada por la suspensión de las subvenciones que el Estado les había otorgado durante la guerra, mediante una reducción de salarios y una prolongación de la jornada de trabajo. El sindicato minero, el sector más avanzado y combativo de las *Trade Unions* (sindicatos), se opuso con decisión a estas medidas y, puesto que la comisión investigadora gubernamental, nombrada para dirimir el litigio, se alineó de parte de los empresarios, los mineros se declararon en huelga el 30 de abril, seguidos al día siguiente —el 1º de mayo de 1926— por todos los trabajadores del transporte, las industrias eléctricas y las imprentas. La huelga general se prolongó durante nueve días y se quebró por último a causa de la indecisión del Consejo General de las *Trade Unions,* aterrorizado por la movilización de la burguesía, la aristocracia y los estudiantes, en actitud antiobrera. Solamente los mineros lucharon todavía durante seis meses, pero finalmente fueron obligados a ceder y a aceptar una reducción del 10 % en su salario y una prolongación de una hora en su jornada de trabajo. Churchill fue, en el gobierno y en el país, el principal animador de la movilización antiobrera durante la huelga general. La guerra de clases estimulaba su instinto combativo no menos que la guerra entre estados. Para suplir la falta de diarios hasta llegó a redactar, casi solo, una hoja cotidiana, la "British Gazette" que era por partes iguales, periódico de información y agitación.

La política financiera y la huelga general de 1926 hicieron de Churchill el miembro del ministerio conservador sobre el cual se concentraron principalmente las críticas y oposiciones. El Partido Conservador sufrió una neta derrota en las elecciones de 1929, pero aunque hubiese vencido, difícilmente habría podido incorporar a un nuevo gobierno al desacreditado Canciller del Tesoro.

### El historiador

En sus memorias, Churchill ha afirmado repetidamente que fueron pocos los días de su vida en los que estuvo inactivo o aburrido. Su naturaleza exuberante y vital, en efecto, no sólo lo llevaba a dedicarse con toda intensidad a cualquier cargo político o militar que se le confiara, sino que también le permitía llenar con plena satisfacción los ocios voluntarios que le imponían las vicisitudes de la vida política. Pero sería inútil detenerse en los *hobbies* de Churchill, sobre los cuales han circulado tantos relatos de los periodistas que se ocuparon de él, porque la equitación, la albañilería, la caza y la jardinería son más ingredientes de su fama de hombre público que componentes importantes de su personalidad. Tampoco la pintura, que comenzó a practicar a edad bastante avanzada —después de los cuarenta años, cuando el fracaso de los Dardanelos provocó su alejamiento del Almirantazgo—, agrega mucho al retrato vívido del hombre político. Es difícil decir en qué medida esa imitación de los impresionistas, llena de fuertes motivos luminosos, que persiguió constantemente, fue la elección consciente de un estilo o el resultado, más que de un gusto personal, de frecuentar los países mediterráneos o exóticos que elegía para pasar sus vacaciones.

En cambio, no puede decirse lo mismo de su actividad de historiador. Puede afirmarse que Churchill tendió incesantemente a esta actividad, en todos los momentos que le dejaba libre su intensa participación en la vida política. En 1908 publicó una biografía apologética de su padre, Randolph Churchill; en la década de 1920, una gran obra en cuatro volúmenes sobre la primera guerra mundial *La crisis mundial;* en la década de 1930, una imponente biografía, siempre en cuatro volúmenes, de su gran antepasado John Churchill *(Marlborough. Su vida y su época).* La segunda guerra mundial fue el tema de su obra más vasta y también más famosa, mientras que en la posguerra terminó la historia de los pueblos de lengua inglesa, que ya había comenzado antes de iniciarse el segundo conflicto mundial. Pero es necesario aclarar la importancia y el interés que presentan estas obras de Churchill. Sería profundamente erróneo conferirles un carácter científico que el autor nunca pensó en atribuirles.

"En esta obra he tratado de seguir el método utilizado por De Foe en sus *Memorias de un caballero,* donde la exposición de los hechos y las discusiones sobre los grandes sucesos militares y políticos se confían a la experiencia personal de un individuo", escribió en el prefacio de su obra sobre la segunda guerra mundial. Y casi como para reiterar la esencia de este método, más allá de las obras impregnadas del recuerdo de su participación directa en los sucesos narrados, Churchill definió también su historia de los pueblos de habla inglesa como una "interpretación personal del proceso histórico", ofrecida por "quien no carece de cierta experiencia de los hechos históricos borrascosos de nuestra época". Por

*1. Winston Churchill acompaña en automóvil a Downing Street al primer ministro Stanley Baldwin.*

*2. Dos "leones" de la política inglesa Lloyd George y Winston Churchill en 1934.*





1



2

ello, para Churchill, la narración histórica se basa, sobre todo, en la experiencia de las cosas vividas; es la historiografía de un político que se expresa integralmente también a propósito de los sucesos del pasado, no sólo para buscar una guía o una aclaración sobre la forma de orientarse en el presente, sino también para expresar sus pasiones y pensamientos sobre los hombres y cosas de la historia. En otras palabras, en el Churchill historiador es necesario buscar siempre, a veces con signos explícitos, a veces al trasluz, al Churchill político, a lo que fue y a lo que quiso ser, o más bien, a lo que habría querido ser. Nos limitaremos a dos únicos ejemplos resumidos. En la biografía del duque de Marlborough, escrita entre el advenimiento de Hitler al poder y la manifestación —sin hallar resistencias— de sus primeros actos agresivos, Churchill esbozó los lineamientos de la política británica de equilibrio, perfilando en cierta medida, en el protagonista, su propio destino de los años futuros, y en el "Rey Sol" en busca de la hegemonía europea, al Hitler que iba a combatir con tanta decisión. En la historia de los pueblos de habla inglesa, concebida en gran parte en los años de la "guerra fría", delineó las premisas históricas de un ordenamiento político internacional que debía dar a Inglaterra y a Estados Unidos la conducción del mundo surgido de la segunda guerra mundial.

Político del siglo XX que ha escrito a menudo sobre historia del 1900, Churchill es, sin embargo, un historiador no asimilable a ninguna orientación historiográfica de nuestro tiempo. Un historiador de la sociedad inglesa como G. M. Trevelyan, considerado hoy arcaizante y "literario", de cualquier modo es, por sus intereses económicos y sociales, mucho más "moderno" que Churchill. También es totalmente extraña a sus tendencias aquella historiografía *tory* que en los últimos decenios renovó notablemente el conocimiento de la historia constitucional y parlamentaria inglesa. Un historiador de la estatura de L. B. Namier hubiera podido retomar, a propósito de la historia contemporánea y de los orígenes de la segunda guerra mundial, tesis que fueron sostenidas vigorosamente por la política militante de Churchill. Sin embargo, la desmitificación, perseguida por este gran historiador conservador, de los mitos y leyendas *whigs* sobre la historia inglesa destruyó demasiados lugares comunes de la historia tradicional —y hasta diríamos que, en ciertos aspectos, fue demasiado influida, aunque indirectamente, por el marxismo, para hallar oídos y resonancia en las obras históricas de Churchill.

Los maestros y los antecedentes de Churchill como historiador deben buscarse bastante más lejos en el tiempo. Deben rastrearse en Gibbon, por ese deleite por las consideraciones de gran aliento sobre la suerte de los pueblos, los estados y los imperios, sobre la moralidad y las eventualidades que rigen sus destinos; en Macaulay, aunque Churchill haya sostenido una vigorosa polémica con el historiador liberal inglés del ochocientos a propósito del juicio sobre el duque de Marlborough, por la propensión al fresco histórico colorido y de tintes vivaces; en Ranke, por el sentido del retrato histórico de fondo, casi separado del contexto de los acontecimientos históricos generales; e incluso más allá, por el conocimiento, directo o indirecto, de los historiadores políticos del Renacimiento Italiano en esa trama de "virtud" y "fortuna" que señala los puntos más altos —dedicados a las grandes conmociones— de su narración histórica.

Churchill siempre proclamó que no quería competir con los historiadores profesionales, aunque se haya hecho ayudar, como es costumbre entre los políticos, por algunos de ellos, como el profesor Deakin, en la compilación de sus obras históricas, para la reunión y el primer ordenamiento de los documentos. No busquemos pues, en sus libros, la narración compacta, basada en la crítica sistemática de las fuentes. En cambio, frecuentemente encontraremos fragmentos grandiosos, sentencias apodícticas, razonamientos moralizantes, retratos de efecto intercalados con extensas citas de textos. En este sentido, la biografía del duque de Marlborough y las dos obras sobre historia de las dos guerras mundiales tienen algo análogo, ya que la apología del propio antepasado no es menos explícita que la defensa de su propia labor como Lord del Almirantazgo o primer ministro. Una técnica algo diferente tiene su última obra, aquella sobre la historia de los pueblos de lengua inglesa, pero aquí también la idea conductora de la afirmación de una constitución basada en los valores liberales constituye una trama de sólido relato no menos importante que el esbozo biográfico. Por lo demás, el esquema de las obras históricas de Churchill es igual en todas: se apoya en la convicción de que las fronteras, las razas, el patriotismo y las guerras constituyen las verdades últimas y fundamentales de la historia del género humano, frente a las cuales hallan su ubicación y su medida los individuos y las sociedades, los estados y los gobiernos. No deben engañar las frecuentes referencias a los criterios del "buen gobierno". Estos, en el fondo, siempre permanecen subordinados a los resultados obtenidos en el plano del poder. Por eso, Churchill no es un historiador de "sociedades", ni siquiera de "culturas". La misma constitución inglesa es importante para él sobre todo porque aseguró el fundamento y la vida de un gran imperio. Lo demuestran, entre otras cosas, los rápidos esbozos de historia de las sociedades y de las culturas que aparecen de tanto en tanto en sus obras. En ellos, lo decisivo en el fondo es el criterio de la fuerza, el parangón y el contraste con sociedades y culturas diferentes y opuestas.

Churchill es básicamente un historiador de la actividad política, un historiador de Estado como expresión de fuerza, de potencia. La ley por la cual se miden los Estados es la de su capacidad para alcanzar su objetivo y, por ende, y en primer lugar, para tomar conciencia de su función. Y de esta función de los Estados son expresión y medio las grandes personalidades, las individualidades fuertes concebidas como protagonistas de la historia. Cuando Churchill esboza el retrato de estos personajes, sus historias alcanzan mayor dramaticidad. Al describir el perfil, Churchill se sumerge en una confrontación directa que a menudo acaba por trascender sus mismas convicciones políticas, para convertirse en un elemento autónomo de valoración y de interpretación. De ahí que pueda resultar un retrato limitado de Cromwell o una revaloración parcial de Jacobo I; pero también pueda surgir un perfil de Lenin que, como el Mefistófeles de Goethe, es *der Geist der stets verneint* (el espíritu que siempre niega), y constituye probablemente el retrato más dramático que haya hecho un político conservador del protagonista de la Revolución de Octubre: "Lenin era con respecto a Carlos Marx lo que Omar era con respecto a Mahoma. Traducía las teorías en actos; estudiaba los métodos prácticos para aplicar a su época las teorías marxistas. El elaboró el plan comunista de campaña; emitió las órdenes, estableció los lemas, dio la señal y dirigió el ataque...

Lenin era también la Venganza... su mente era un instrumento formidable; cuando comenzó a actuar, le reveló todo el mundo, con su historia, sus dolores, mezquindades, simulaciones y, sobre todo, sus injusticias. Iluminó todos los hechos desde su punto de vista, el más desagradable y el más excitante. Su inteligencia era notable y en algunos momentos magnífica: capaz de una comprensión universal, hasta un punto raramente alcanzado por los hombres. La ejecución de un hermano mayor hizo desviar esta gran luz blanca a través de un prisma: y el prisma fue rojo.

"Pero una fuerza de voluntad no menos excepcional utilizaba y guiaba la mente de Lenin. Su cuerpo, tosco, cuadrado y vigoroso, no obstante las enfermedades, era apto para albergar hasta la edad madura esas fuerzas actuantes e incandescentes.

Antes de que éstas se consumiesen, alcanzó su objetivo, y un millar de años no bastarán para que se lo olvide. Lenin fue el Gran Renegado: renegaba de todo, renegaba de Dios, del rey, de la patria, la moral, los tratados, las deudas, las rentas, los intereses, las leyes y las costumbres seculares, de todo contrato escrito o implícito, de toda la estructura actual de la sociedad humana. Al final, renegó de sí mismo; renunció al sistema comunista; confesó su fracaso en un esfera importantísima. Proclamó la nueva política económica y reconoció el comercio privado; renegó justamente de aquello por lo cual había matado a tanta gente, que no le había creído. Y de aquí, una vez más, a la insurrección de la humanidad. Quizá, en esta ocasión, se alcance mejor el objetivo, y se pueda hacer morir a los que están equivocados, no a los que tienen razón."

### Contra Hitler

El retorno de los laboristas al gobierno, las repercusiones en Inglaterra de la "gran depresión" y las modificaciones de gobierno que ella implicó, señalaron el comienzo del largo alejamiento de Churchill del gobierno que debía prolongarse hasta el principio de la segunda guerra mundial. Señalaron también, en conjunto, un período de gran aislamiento de Churchill dentro del mismo partido conservador. Los motivos de esto se originaron en disensiones provocadas por la política interna, imperial e internacional. En política interna, Churchill se opuso despiadamente en 1929 al gobierno laborista —apoyado por los liberales— y conducido nuevamente por Ramsay MacDonald, quien bajo el acicate de las masas trabajadoras había propuesto la abolición de las limitaciones a las actividades sindicales impuestas




OLD
SHAMBLES

*En las páginas precedentes: Winston Churchill, candidato liberal, pronuncia un discurso en una reunión pública en Mánchester en 1908.*

*1. La segunda guerra mundial se halla en curso: Churchill visita las defensas costeras inglesas.*

*2. El primer ministro se prepara para un vuelo de inspección en 1940.*

*3. El despacho-habitación de Churchill durante la guerra, en los subterráneos del Ministerio de Defensa.*

*4. Winston Churchill fotografiado en la entrada del nº 10 de Downing Street durante la guerra.*



1

después de la gran huega general de 1926. El tono de la oratoria parlamentaria de Churchill asumió una violencia que superaba en mucho su habitual vivacidad y que era casi desconocida en la Cámara de los Comunes: "Recuerdo que, cuando era niño, me llevaron a ver el famosísimo circo Barnum, que exponía ante el público diversas rarezas y espectáculos monstruosos. El número que yo más deseaba ver era el del hombre sin espina dorsal, pero mis padres pensaron que el espectáculo sería demasiado chocante e impresionante para mi tierna edad; así, he debido esperar cincuenta años para ver al hombre-maravilla dar el espectáculo de su arrojo en el escaño del gobierno en la Cámara de los Comunes."

También el problema de la administración india fue una manzana de discordia bastante importante con la mayoría del partido Conservador. Al día siguiente de la primera guerra mundial, Inglaterra había iniciado una reforma que preveía la transferencia de algunos poderes del gobierno central a los gobiernos provinciales, en los que entraron a formar parte representantes de la población india. La aplicación de esta reforma había sido muy insatisfactoria, y entre 1920 y 1930 el movimiento nacionalista indio asumió un carácter masivo y reclamó la completa independencia del país.

El gobierno inglés convocó entonces la Conferencia de la Mesa Redonda, en la cual participaron también representantes del movimiento nacionalista indio y de la que surgió la propuesta de transformar la India en un dominio, con todo lo que esto implicaba en el plano legislativo y gubernativo. Pues bien, Churchill se opuso con violencia a este proyecto. Tachó a Gandhi de "despreciable faquir", afirmó que no debía realizarse con él tratativa ninguna, presentó la medida como un "odioso acto de autodegradación", señaló la oposición entre hindúes y musulmanes, y la división de la población india en castas, para demostrar que los indios eran incapaces de gobernarse a sí mismos, hizo el elogio de los "pocos miles de funcionarios británicos responsables frente al Parlamento" que habían elevado "a 350 millones de personas a un grado de cultura y a un nivel de paz, orden, higiene y progreso que nunca habrían podido conseguir o mantener por sí mismos." A la transformación de la India en dominio contrapuso la ampliación de la participación de los indios en el gobierno de las provincias. A este respecto, surgió muy claramente lo que no vacilaremos en llamar el racismo de Churchill. Su elasticidad en los problemas de la autonomía de Sudáfrica y de Irlanda había sido bastante mayor. Pero, en estos casos, se había tratado de sancionar el autogobierno de poblaciones "blancas", a las que se podría atraer nuevamente al ámbito cultural de la civilización anglosajona. Esta vez, en cambio, el problema concernía a razas distintas de la europea. El Imperio Británico podía transformarse gradualmente en una comunidad de pueblos anglosajones pero tal transformación hallaba un límite insalvable en las razas no europeas.

Estas actitudes de conservadorismo extremo asumidas por Churchill explican la fama de predicador de desventuras, de Jeremías, de Casandra que había adquirido en el Parlamento británico, e indican al menos una parte de los motivos que hicieron ineficaz su campaña contra la amenaza de la Alemania nazi.

Nada sería más falso que considerar a Churchill como un adversario del fascismo desde el principio de éste. Como hemos visto, no sólo no tuvo nada que objetar contra el advenimiento al poder del fascismo en Italia y de los regímenes filofascistas en la Europa balcánica y danubiana, sino que, en el fondo, halló en los regímenes reaccionarios de este tipo la mejor garantía contra la extensión del peligro socialista y comunista en Europa, Pero con el nacionalsocialismo la cosa fue distinta. Probablemente (como testimonian algunos de sus discursos de esos años), no escapó a Churchill el carácter consecuente del nacionalsocialismo como ideología y práctica de un movimiento tendiente a tronchar desde sus cimientos el sistema de instituciones políticas y de valores morales sobre el que se fundaba la grandeza misma del Imperio Británico. Pero el motivo fundamental de su aversión por el nazismo fue otro. Con Hitler había subido al poder, en el centro de Europa continental, una fuerza política que amenazaba con dar un peso creciente a las miras expansionistas del imperialismo alemán, contra el cual Inglaterra había creado la coalición de la primera guerra mundial. Por ello, con extremo realismo, Churchill no vaciló un momento en cambiar la dirección de su fusil. "El Imperio Británico —dijo en julio de 1934 al embajador soviético en Londres, Maisky que llevaba propuestas para una política de seguridad colectiva adoptada por la Unión Soviética después del advenimiento de Hitler al poder— es para mí el alfa y el omega. Lo que es bueno para el Imperio Británico es bueno también para mí... En 1919 estaba convencido de que el peligro más grave para el Imperio lo representaba su país, y por ende me alineé entonces contra Rusia. Hoy estoy persuadido de que el peligro más grande para el Imperio es Alemania, y por ende me alineo contra ella... Observo al mismo tiempo que Hitler se está preparando, no sólo para expandirse a nuestras expensas, sino también hacia Oriente. ¿Por qué, pues, no podremos unirnos en la lucha contra el enemigo común?... He sido y soy un adversario del comunismo, pero por la integridad del Imperio Británico estoy dispuesto a cooperar con el Soviet."

En los años fatales, durante los cuales Hitler y Mussolini fueron de agresión en agresión, formando la cadena de acontecimientos que debía llevar al estallido de la segunda guerra mundial, Churchill se mantuvo rigurosamente en la actitud que le dictaban sus principios de política imperial. Entiéndase bien que la actitud conservadora que quería limitar estrictamente este proceso a una política entre Estados y que, como tal, implicaba un explícito rechazo de todo movimiento revolucionario o popular, no decayó en Churchill en esos años de actividad libre, separada de su escaño de aislado diputado conservador en la Cámara de los Comunes. Tampoco fue casual que una de las pocas posiciones en política exterior del gobierno de Chamberlain, que halló su plena aprobación, fuese la aplicación reticente y sustancialmente profranquista del principio de no intervención, durante la guerra de España. Escéptico ante las reuniones de

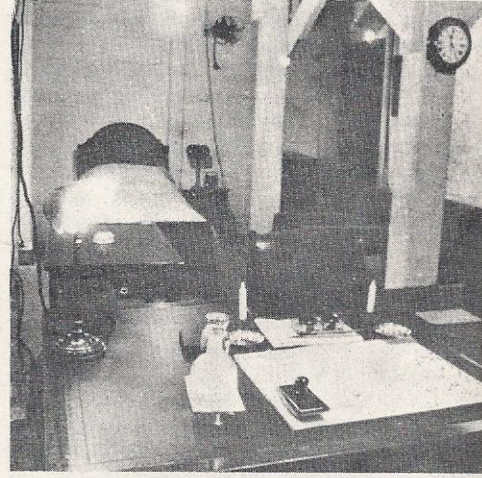
la Sociedad de Naciones, Churchill no era un pacifista ni un defensor del principio de la indivisibilidad de la paz. Permaneció sólidamente aferrado al viejo principio del equilibrio, pero extraía todas sus consecuencias con extremo realismo. En los artículos periodísticos, en las entrevistas y, sobre todo, en los discursos de la Cámara de los Comunes, no se cansó jamás de insistir en la amenaza del imperialismo alemán, en las necesidades militares que este hecho imponía a Gran Bretaña y en las consecuencias políticas, en lo referente a alianzas, que debían extraerse de él. Churchill había comenzado muy pronto su campaña contra el rearme alemán. "Tengo el máximo respeto y la mayor admiración por los alemanes —decía en un discurso parlamentario pronunciado en 1932, al volver de un viaje por Alemania occidental y meridional, adonde se había trasladado para reconstruir las campañas militares de su gran antepasado— y deseo intensamente que podamos vivir en términos de confianza y relaciones provechosas con ellos. Pero hago notar a la Cámara que a toda concesión hecha —y se han hecho muchas, y se harán o deberán hacerse muchas más— ha seguido inmediatamente un nuevo reclamo. El reclamo de hoy es que Alemania pueda rearmarse. No nos ilusionemos. No se ilusione el gobierno pensando que lo que pide Alemania es un estado de paridad. Todas esas filas de espléndidos jóvenes teutones que marchan por Alemania, con el deseo de sufrir por su patria brillándoles en los ojos, no piensan en un estado jurídico de igualdad. Buscan armas, y cuando las tengan, creedme, pedirán la restitución de los territorios y las colonias perdidos, y cuando hagan su pedido, éste no dejará de sacudir, quizás hasta los cimientos, a todas las naciones del mundo."

Después de la subida de Hitler al poder esta campaña se intensificó. Cuando en 1935 Mussolini agrede a Etiopía, el alfa y el omega de su política —esto es, los intereses de la política imperial— indujeron por primera vez a Churchill a oponerse a un acto de política exterior de la Italia fascista. Todavía calificó a Mussolini de "gran hombre" y "gobernante sabio", pero criticó resueltamente que las sanciones económicas fuesen aplicadas a Italia con demasiada blandura y, sobre todo, que se hubiera rechazado la aplicación de las sanciones militares, las únicas que habrían permitido detener la agresión. En realidad, Churchill no ignoraba lo que los otros conservadores no veían o no querían ver, es decir, que la intensificación de la carrera de los armamentos, la repetición de actos agresivos y la sistemática violación de los tratados provocarían como consecuencia necesaria una guerra general aún más espantosa que la anterior. Pero los conservadores británicos, si bien no desconocían las miras agresivas de Mussolini, y de Hitler, esperaban poder frenarlas y desviarlas más allá de los límites y los intereses del Imperio inglés. No era solamente el amor por la vida tranquila o el pasivo reflejo del deseo de paz lo que impulsaba a los dirigentes conservadores del gobierno inglés, a sostener las iniciativas de los dictadores fascistas. En realidad, consideraban seguro que la amenaza del imperialismo alemán se canalizaría finalmente hacia Oriente y elegiría a la Unión Soviética como su principal objetivo. La *policy of appeasement* que llevó a Chamberlain, junto con los dirigentes políticos franceses, a reconocer la anexión de Austria (marzo de 1938) y a apoyar en la conferencia de Munich (29-30 de setiembre de 1938) las pretensiones de Hitler sobre la región de los Sudetes —colocando así las bases para el desmembramiento definitivo del Estado checoslovaco— fue también la "política de manos libres en el este". Churchill se opuso decididamente a una y otra política. Son innumerables sus escritos y discursos de esos años tendientes a alertar a la clase dirigente británica, para que hiciera frente a los nuevos peligros con métodos probados por una larga experiencia. Churchill hizo una solemne y clásica reafirmación de principio de estos métodos al hablar, a fines de marzo de 1936, después de la remilitarización de Renania, ante los miembros conservadores de la comisión de Asuntos Exteriores: "Durante cuatrocientos años la política exterior de Inglaterra consistió en oponerse a la potencia continental más fuerte, más agresiva y más prepotente, y en evitar que los Países Bajos cayesen en su poder. Considerados a la luz de la historia, esos cuatro siglos de conducta coherente, entre tantos cambios de nombres y de sucesos, de circunstancias y de condiciones, deben aparecer como uno de los más notables ejemplos que puedan revelar los recuerdos de una raza, nación o pueblo. Además, en todas las ocasiones, Inglaterra eligió la línea de conducta más difícil de seguir... No me consta que se haya verificado algún cambio que pueda refutar en lo más mínimo la validez de mis deducciones. No conozco ningún hecho en el ámbito militar, político, económico o científico que pueda inducirme a considerar inferiores nuestras capacidades. No conozco razón alguna por la cual yo deba pensar que no existe para nosotros la posibilidad de seguir el mismo camino." Y seguir el mismo camino, que en el pasado había permitido a Inglaterra oponerse con éxito a Felipe II, Luis XIV, Napoleón y Guillermo II, significaba para Churchill considerar a la Alemania de Hitler como el peligro principal, un peligro acentuado por el régimen nazi y por el moderno sistema de armamentos, y que era necesario enfrentar apelando a la Sociedad de las Naciones, la cual, uniendo a los pueblos británicos con los pueblos de otros países, lograría realizar un control sobre el agresor potencial.

Munich selló de hecho el fin de tal posibilidad, y Churchill lo señaló con una metáfora cruda y efectiva en un discurso ante la Cámara de los Comunes: "En un principio se nos pidió una libra esterlina. En el momento de la entrega nos pidieron dos, y finalmente el dictador consintió en aceptar una libra esterlina y 17 chelines y medio en moneda contante y sonante, y el resto en seguridades de buena voluntad para el futuro... Y no crean que esto será el fin. Esto es sólo el principio de la rendición de cuentas. Sólo es el primer ensayo, el primer sorbo de un cáliz amargo que se nos presentará nuevamente en los años venideros, a menos que, con un sacudón supremo de nuestra energía moral, de nuestro vigor guerrero, podamos resurgir y luchar otra vez por la libertad, como en los viejos tiempos." La hora del sacudón pareció llegar cuando Hitler, en violación de



2



3



4

los acuerdos de Munich, ocupó Praga y puso fin a la existencia de Checoslovaquia (15 de marzo de 1939). Fue como si la clase dirigente y la opinión pública de Gran Bretaña hubieran recibido un latigazo a su orgullo. Sin embargo, el sistema de contraseguros creados a partir de ese momento por la diplomacia inglesa, primero en las conversaciones con Polonia, luego con todos los otros Estados amenazados por una potencial agresión alemana, no sólo chocó con los cien vínculos económicos que por entonces unían a Inglaterra con Alemania (en los mismos días de la ocupación de Praga, Inglaterra suscribió un acuerdo financiero con Alemania para resolver la escasez de divisas de ésta, que eran esenciales para la política de rearme y de expansión de Hitler). La cuestión política decisiva era la alianza entre Inglaterra y Francia con la Unión Soviética como base de un alineamiento de fuerzas capaz de contener los planes del imperialismo alemán. Churchill luchó sin tregua para que se admitiera a la Unión Soviética en la alianza, en un pie de igualdad, y para que se otorgaran las garantías que la misma pedía en el curso de las negociaciones. Pero Chamberlain y sus colaboradores eran públicamente adversos a tal alianza, o pretendían fijar sus modos y formas de manera que, para utilizar una feliz imagen del historiador inglés A. J. P. Taylor, pudieran regular la ayuda rusa con una canilla que fuera posible abrir o cerrar a voluntad. La Unión Soviética, deliberadamente excluida de Munich, no podía extraer del pasado fe alguna en tal perspectiva, mientras veía en su futuro concentrarse la amenaza de una guerra en dos frentes, contra Alemania y contra Japón, ya unidos por un pacto claramente antisoviético y anticomunista, a la par que las potencias occidentales, en el mejor de los casos, permanecían sin preparación o se empeñaban desganadamente en la lucha.

En medio del naufragio de una política de seguridad colectiva, mientras en el verano de 1939 se entrecruzaban las negociaciones entre todos los Estados, ya flojas, o agitadas, Stalin, cuya personalidad política no lo llevaba a dejar en manos de otros las canillas de su propia casa, aceptó la propuesta de Hitler y suscribió el 23 de agosto de 1939 un pacto de no agresión. El 1º de setiembre de 1939 las tropas alemanas invadieron Polonia, e Inglaterra y Francia declararon la guerra a Alemania para mantener la fe en la palabra empeñada, pese a que, todavía, no supieron o no quisieron concretarla en una acción militar eficaz.

### ¡Winston ha vuelto!

Con la declaración de guerra de Inglaterra a Alemania (el 3 de setiembre de 1939). el hombre que en 1929 había sido ignominiosamente separado de la Cancillería y que durante diez años fuera el "franco-tirador" en la Cámara de los Comunes, volvía inmediatamente al gobierno. Chamberlain acababa de confiarle el cargo de Lord del Almirantazgo: ese mismo cargo que Churchill había tenido que abandonar en 1915 después del desastre de los Dardanelos. "Winston is back!" ("Winston ha vuelto") fue el mensaje que los Lores del Mar dirigieron la noche del 3 de setiembre a las tripulaciones de la flota, diseminadas por todos los océanos.

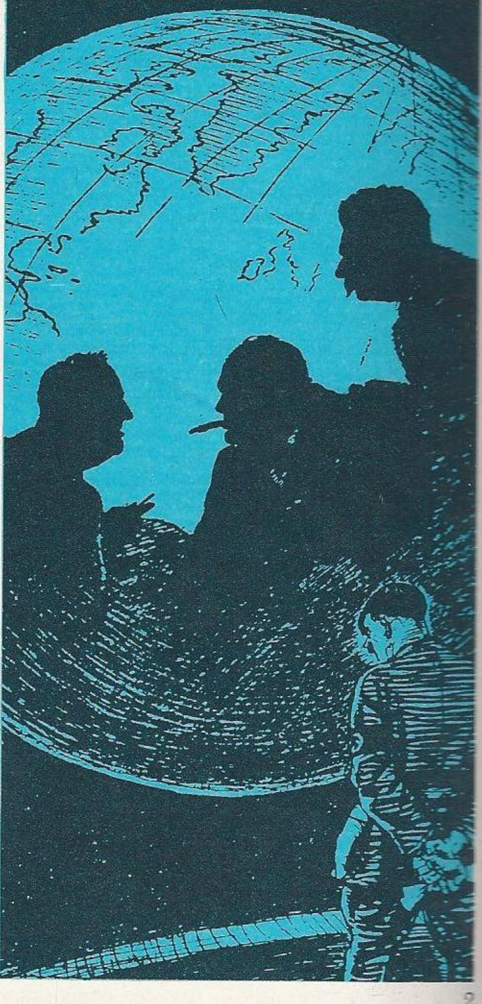
Churchill desplegó en este retorno a las funciones de gobierno su habitual dinamismo. Adopta una serie de medidas para la defensa de las naves inglesas contra los ataques de los submarinos alemanes; refuerza el sistema defensivo de las minas y trata de hacer impracticable para los transportes alemanes el curso del Rin. Fue bajo su dirección que la flota inglesa dio caza al acorazado alemán *Graf von Spee*, que había cumplido múltiples empresas corsarias sobre los mares, y que fue hundido el 17 de diciembre de 1939 en el río de la Plata.

Pero esta vez la guerra no se decidiría en el mar, ni mucho menos encontraría su decisión durante la permanencia de Churchill en el Almirantazgo. No obstante el crecimiento que había podido registrar después del acuerdo naval anglo-alemán de 1935, la flota alemana se hallaba muy lejos de la potencia que tenía su antecesora de 1914; y la flota inglesa no podía ser protagonista de ninguna acción decisiva en momentos en que los alemanes detentaban la superioridad aérea. Pero era sobre todo el carácter que asumía la segunda guerra mundial en su primera fase, lo que impedía toda tentativa de acción resolutiva. *Phoney war*, la llamaron los ingleses; *Drôle de guerre*, los franceses; *Sitzkrieg*, los alemanes. Y éstas eran tres definiciones que, en una acepción ligeramente diversa, correspondiente a la idiosincrasia de los tres pueblos, individualizaban las características de una "extraña guerra" en el curso de la cual los contendientes no habían roto por completo sus relaciones. La "extraña guerra", antes que una fase de estancamiento de las operaciones militares, fue un momento de incertidumbre política. Podía preludiar una ruptura del pacto Ribbentrop-Stalin y la eventualidad de una coalición antisoviética: podía ser el preludio de una intensificación de la guerra en Occidente.

Este fue el camino elegido por Hitler: primero con la ocupación de Dinamarca y de Noruega (abril de 1940), y luego con el ataque desencadenado contra el frente occidental a través de Bélgica y Holanda. El mismo día en que Hitler iniciaba esta ofensiva (10 de mayo de 1940), Churchill dejaba el Almirantazgo para trasladarse al Nº 10 de Downing Street y asumir la dirección de gobierno. Jorge VI lo había designado sucesor de Chamberlain por consejo del mismo primer ministro renunciante. El gobierno Chamberlain, débil ya por la escasa preparación con que había enfrentado la guerra, se debilitó aún más a consecuencia de los éxitos de la operación que Hitler había emprendido en la Europa septentrional. El diputado conservador independiente Leo Amery había apostrofado al primer ministro que prometía, después del pacto de Munich, una era de paz, con las famosas palabras dirigidas por Cromwell al Parlamento: "Hace demasiado tiempo que estáis en el cargo, por el escaso bien que habéis cumplido. ¡Retiraos, os pido, que esto termine con vos! ¡En nombre de Dios, retiráos!". El sucesor no podía ser sino aquel que, sin ser escuchado, había predicado contra toda ilusión, había rechazado la política de pacificación con Hitler, había recomendado la formación de una coalición preventiva y estable contra el hitlerismo. La absoluta naturalidad de esta elección se



1



2



3

*1. Churchill mientras inspecciona una base de lanzamiento de V-2 en Francia.*

*2. "Los hechos decidirán". Así es como sintetiza, en 1943, el sentido de la conferencia de los "Tres grandes" de Teherán el diario humorista inglés "Punch".*

*3. En agosto de 1944 Churchill inspecciona el frente de guerra italiano.*

*4. Churchill en el frente con el general Montgomery.*



incorporó a la leyenda nacional con el informe que Churchill dio —con escueto humor británico y en su historia de la segunda guerra mundial— del coloquio que mantuvo con el rey al confiarle la formación del nuevo ministerio: era una grave elección que se cumplía en una hora decisiva, y ni a ésta ni a aquélla parece que este coloquio se haya referido explícitamente. Churchill había pasado ya los sesenta y cinco años cuando fue designado primer ministro, después de haber afrontado la responsabilidad de los más diversos cargos. Llegaba al poder en el momento más duro de la historia de Inglaterra. Tenía que hacer frente a problemas de dirección política y militar de gravísima responsabilidad. E hizo frente a ellos con la soltura de quien desde hacía mucho tiempo se hubiera preparado cuidadosamente y se moviera completamente a sus anchas en esa atmósfera saturada de dificultades. Su primera preocupación fue robustecer la dirección del gobierno y transformar el gabinete conservador en un gabinete de coalición, con la participación de los laboristas y los liberales, que aceptaron su invitación y acordaron lo que pocos días antes le habían negado a Chamberlain. Este último continuaba en el gobierno con el título poco menos que representativo de Lord Presidente del Consejo Privado, mientras Eden, ex ministro de Relaciones Exteriores, renunciante como protesta contra la política de apaciguamiento, era llamado a integrarlo en calidad de ministro de Guerra. Toda la estructura del gobierno quedaba transformada con la creación, en su propio seno, de un "gabinete de guerra" compuesto por Churchill y, además, por Chamberlain y el ministro Halifax, ambos conservadores, y por los laboristas Attlee y Greenwood. Churchill ejercía pleno dominio sobre el gobierno. Ministro de Defensa, Presidente del Consejo, trabajaba en directo contacto con los jefes de Estado Mayor del Ejército, de la Marina y de la Aviación.

Churchill quería extraer todas las enseñanzas posibles de lo que había denunciado como las deficiencias de la conducción en la primera guerra mundial, en el curso de la cual los militares de carrera habían ejercido un poder excesivamente fuerte en relación con los políticos. Parecía también querer encarnar ese ideal de estadista-guerrero-orador político, que traía de su propia tradición familiar, pero cuya actualidad reverdecía ahora por el carácter total y masivo de la guerra moderna.

Si Lloyd George, durante la primera guerra mundial, había aparecido como un primer ministro no desprovisto de tentaciones autoritarias y dotado de escaso respeto por sus colegas del ministerio por él presidido, Churchill tenía una autoridad muy superior a la de su predecesor y amigo galés. La suma de poderes concentrada en sus manos no tenía precedentes en la historia parlamentaria de Inglaterra. La Cámara de los Comunes seguía siendo la instancia suprema de la vida política, pero raras veces la visitó Churchill durante la guerra. Eran los ministros de su gabinete quienes respondían a las interpelaciones y presidían la aprobación de las medidas legislativas: Churchill sólo se presentó en las grandes ocasiones, para pronunciar discursos de particular solemnidad destinados a repercutir mucho más allá de esos muros. Pero en tanto, mientras se producía la reestructuración del gobierno, Churchill tuvo que tomar de inmediato decisiones de carácter militar. La ofensiva alemana, sustentada en el empleo conjunto de la aviación y de los tanques, había destrozado el frente occidental y separado del grueso de las fuerzas francesas a las tropas situadas en la parte septentrional del frente, de las que formaba parte un contingente inglés, y las empujaba hacia el mar. Fracasada una contraofensiva destinada a restablecer el contacto entre los dos sectores, Churchill dispuso el reembarco de las tropas y su regreso a Inglaterra. La operación culminó con un éxito parcial. Protegida por la Real Fuerza Aérea, que por primera vez demostró estar en condiciones de disputar el dominio del cielo a la Luftwaffe, la marina inglesa, empleando unas mil naves de todo tipo, pudo evacuar de las playas de Dunkerque cerca de 335.000 hombres, entre franceses e ingleses. Pero probablemente influyó, en el éxito de la operación, el hecho de que Hitler no quisiera forzar demasiado la mano, porque consideraba aún posible, una vez obtenida la capitulación de Francia, una paz de compromiso con Inglaterra.

Era justamente lo que Churchill estaba dispuesto a rechazar con la más firme decisión. No faltaban en Inglaterra los grupos económicos y políticos favorables al plan de Hitler de asegurarse el dominio sobre el continente europeo a cambio de su reconocimiento de la estabilidad del Imperio Británico. El grupo de los conservadores de Cliveden, que había intrigado con el embajador alemán Dirksen hasta setiembre de 1939, tenía ramificaciones hasta en los círculos financieros, en los ambientes políticos, periodísticos, eclesiásticos, y aún no había abandonado sus planes. Pero la decisión de Churchill de quemar todas las naves a sus espaldas e iniciar, contra una Alemania mucho más poderosa, una guerra sin cuartel, descansaba sobre una conciencia realista de las relaciones de fuerza en el tablero de la política mundial.

Churchill desmintió en su historia de la segunda guerra mundial haber dicho en 1944 al general Georges, ex comandante en jefe de las fuerzas francesas, que el armisticio de Francia con Alemania significaba un hecho afortunado para Inglaterra. No reviste mayor interés restablecer la autenticidad del episodio, aun cuando se comprendan bien los motivos por los cuales Churchill pueda haberse rectificado de este modo. Lo que de cualquier modo parece cierto, es que para Churchill resultó bien claro desde el primer momento, que Hitler, en la medida en que era inducido a atacar a Inglaterra, caía en la contradicción más grave entre sus planes político-militares y la ejecución de la guerra. Renunciando a ocupar toda Francia y a asaltar, a través de España, el Imperio colonial anglofrancés, Hitler evidenciaba que las demasiado rápidas victorias terrestres, en tanto no le habían dado aún una hegemonía segura sobre el continente europeo, lo ponían en la situación de hacerse promotor de una invasión a Inglaterra, para la cual sus fuerzas armadas, construidas en previsión de una guerra terrestre dirigida sobre todo contra la Unión Soviética, no estaban preparadas. Churchill comprendió, por lo tanto, que la concertación del pacto germano-

*1. El primer ministro inglés examina complacido un nuevo modelo de fusil ametralladora.*


1

soviético había introducido una contradicción en la conducta de guerra de Hitler, que no tardaría en estallar. Por eso sabía Churchill que un día no lejano ese pacto sería quebrado, como sabía y tenía confianza en que un día también próximo, no bien hubiera superado la coyuntura electoral y hubiese sido reelecto presidente por tercera vez, Roosevelt intensificaría la corriente de ayuda a Inglaterra. Mientras tanto, debía recaer sobre Inglaterra el peso mayor, y era a ella a quien correspondía durar y resistir.

Fue con el valor nutrido por esta convicción que Churchill afrontó en el verano de 1940 la batalla aérea de Inglaterra, primera etapa de aquella operación "León marino", de invasión, que Goering había preparado para Hitler. Fue una batalla larga, dura, encarnizada, que se prolongó desde agosto de 1940 a la primavera de 1941 y conoció los momentos de mayor intensidad entre setiembre y noviembre de 1940, cuando durante cincuenta y siete días y cincuenta y siete noches consecutivas Londres fue blanco de ininterrumpidos y macizos ataques de millares de aviones alemanes. "Nunca en la historia tantos debieron tanto a tan pocos" fue la frase acuñada por Churchill para recordar el papel desempeñado por los aviadores ingleses que con sus *Hurricane* y sus *Spitfire* disputaban a los *Stukas* y a los *Messerschmidt* el cielo de la capital británica: los hombres cuyo restringido número hacía tan expuesta su preciosa vida y que infligieron a la flota aérea alemana y a sus tripulaciones pérdidas tales que no pudieron ser nunca colmadas. Fueron otras también, sin embargo, las causas de la victoria. Entre éstas, más que la primera aplicación del radar, que permitía la individualización de las grandes formaciones de aviones alemanes, deben tenerse en cuenta la serenidad y la firmeza con que la población londinense hizo frente a un ataque que desbarató su vida cotidiana, envolviendo en una misma destrucción el Palacio Real y los barrios populares, las fábricas y el Parlamento.

Ya desde el momento en que Churchill fue llamado a formar gobierno, una atmósfera de profunda solidaridad se había creado entre el pueblo inglés. "En el período que comenzó el 10 de mayo —escribió el historiador del socialismo G. D. H. Cole en su libro *El Pueblo 1746-1946*— la historia del pueblo inglés no puede separarse de la de la nación. La unidad tan frecuentemente promovida o auspiciada en los discursos de los políticos fue durante cierto período una realidad: pudo decirse, por una vez, que fueron pocos, en cualquier clase, los que no hicieron todo lo posible a favor de la comunidad. El programa inmediato prometido por las leyes anunciadas en el mes de mayo fue ejecutado: la cuota de la tasa sobre las ganancias excesivas fue aumentada en el 100 %; por un momento el interés público, en los límites impuestos por la naturaleza humana, sobrepasó al interés privado. No había tiempo para disensiones ni para recriminaciones. Después de Dunkerque, en todas las industrias de capital importancia, los operarios trabajaron todas las horas que les permitían sus fuerzas físicas, a menudo mucho más de lo aconsejado por el buen sentido. Poco a poco se fue introduciendo cierto orden en la organización del esfuerzo bélico de las industrias. Los servicios de protección antiaérea fueron realizados con entusiasmo, frecuentemente por hombres y mujeres que volvían de su trabajo, tras noches enteras pasadas en los refugios. Cuando el Ministerio de Guerra solicitó el concurso de 150.000 voluntarios para la vigilancia contra los lanzamientos de paracaidistas, se presentaron 750.000 para formar lo que se habría de convertir en la *Home Guard* (Guardia Territorial), y que en menos de un mes superó el millón de personas sin bajar en ningún momento de esta cantidad. También ésta era toda gente que ejecutaba su trabajo propio, aun encontrándose enrolada en un verdadero ejército".

En el planteamiento de la lucha para la defensa nacional, Churchill había rechazado, o por lo menos momentáneamente dejado de lado, los aspectos más reaccionarios de su personalidad política. De su diario contacto con la población de la ciudad bombardeada extraía la energía para reforzar hasta los límites extremos de las posibilidades humanas su ya enorme capacidad de trabajo; en la altivez con que era recibido en los barrios heridos por la devastación encontraba la energía para anunciar el propio programa estratégico que no consistía en la pura y simple defensa de Londres, sino en la resistencia y en la lucha hasta la aniquilación del enemigo.

El carácter épico de la batalla aérea por la posesión de los cielos de Inglaterra no debe nublar, sin embargo, un rasgo extremadamente característico de la conducción de la guerra por parte de Churchill en este año de supremas dificultades: su estrategia imperial. Aun cuando los ataques aéreos se sucedían día y noche sobre la capital británica, devastando los barrios populares y convirtiendo en ruinas los edificios más representativos, Churchill no perdió nunca la convicción de que la operación "León Marino" no constituía la totalidad del conflicto y que la defensa de la metrópoli no podía agotar la salvaguarda de los intereses y del prestigio del Imperio. Así es como no vaciló en llevar a cabo actos que rozaban la temeridad, y en los cuales se refleja en forma significativa su concepción de la guerra.

Mientras sobre Inglaterra estaba pendiente aún el peligro de la invasión, encaró la ofensiva que el ejército italiano había iniciado en las fronteras de Egipto y que podía convertirse en una grave amenaza para el Medio Oriente, llave de paso del Imperio Británico. Desguarneció a Inglaterra de una parte de las fuerzas acorazadas para enviarlas a los campos de batalla de Egipto, a través del Cabo de Buena Esperanza. Guiadas por el general Wavel, estas tropas derrotaron con facilidad a un numeroso ejército italiano, mal dirigido y desprovisto de medios mecanizados, y rechazaron sus restos hasta el golfo de Sirtes.

Jefe político y militar, Churchill surgió en esta fase de la guerra con un gran temple de combatiente también en el plano moral. No sólo le correspondió a él, el más anciano en años y vida política de los "grandes" de la segunda guerra mundial, establecer la costumbre del hombre de gobierno que no se encierra ya en su propio despacho, sino que alterna frecuentemente

*1. Entrada en Berlín.*

*2. Churchill y Roosevelt en Newfoundland durante la reunión celebrada con motivo de la "Carta del Atlántico" en 1914.*

*3. Winston Churchill y Stalin en el Kremlin en 1942.*



1



2



3



*En la página precedente:*
*Winston Churchill al día siguiente de la victoria sobre el "eje".*

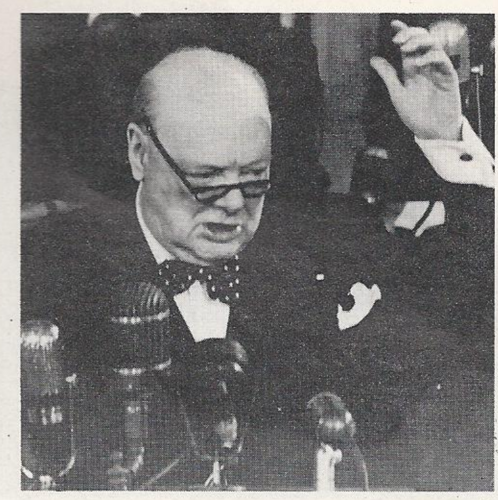
*1. La residencia de Churchill en Chartwell, Kent, donde fue a vivir después de la guerra.*

*2, 3. Winston Churchill, nuevamente jefe de gobierno, en el Congreso de los Estados Unidos en 1952.*

*4. Churchill aclamado por la multitud al finalizar la guerra.*

*5. Los cónyuges Churchill en 1952.*

*6. Winston Churchill en la ceremonia durante la cual recibirá de la Reina Isabel II el título de "Sir" y la Orden de la Jarretera (14 de junio de 1954).*





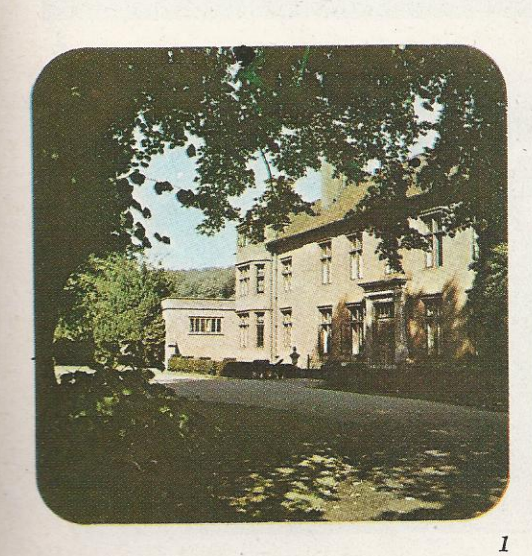
2



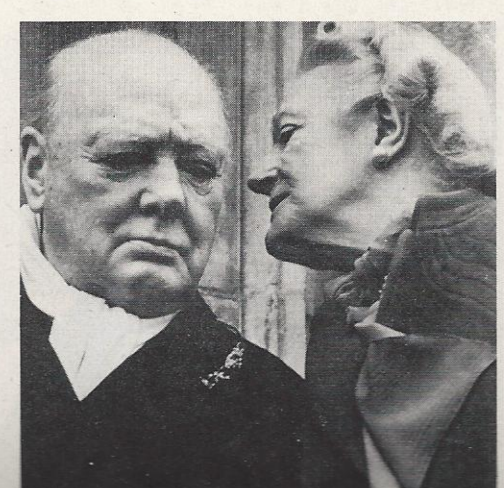
3



4



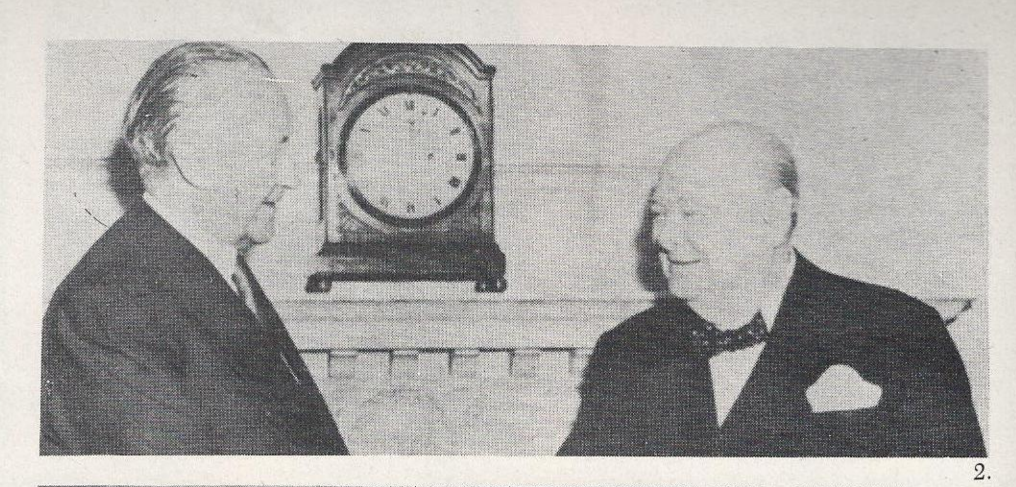
1



5



6



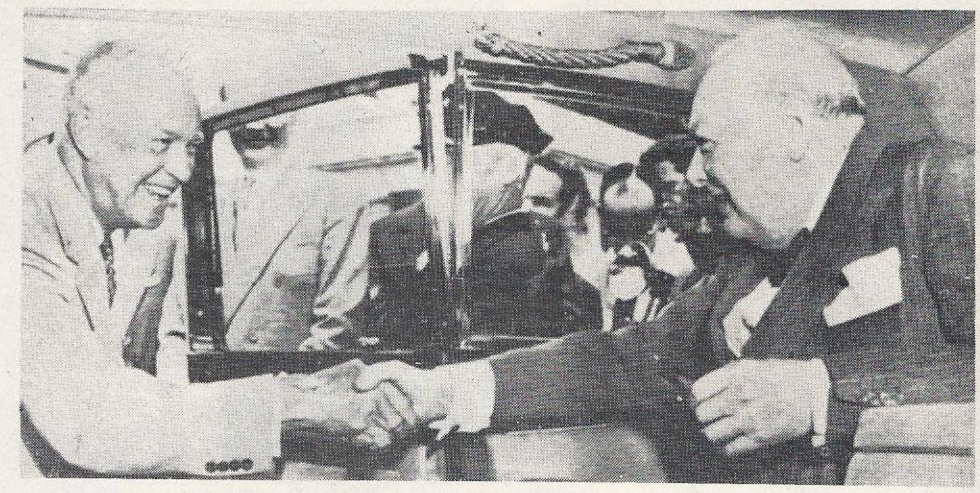
2.



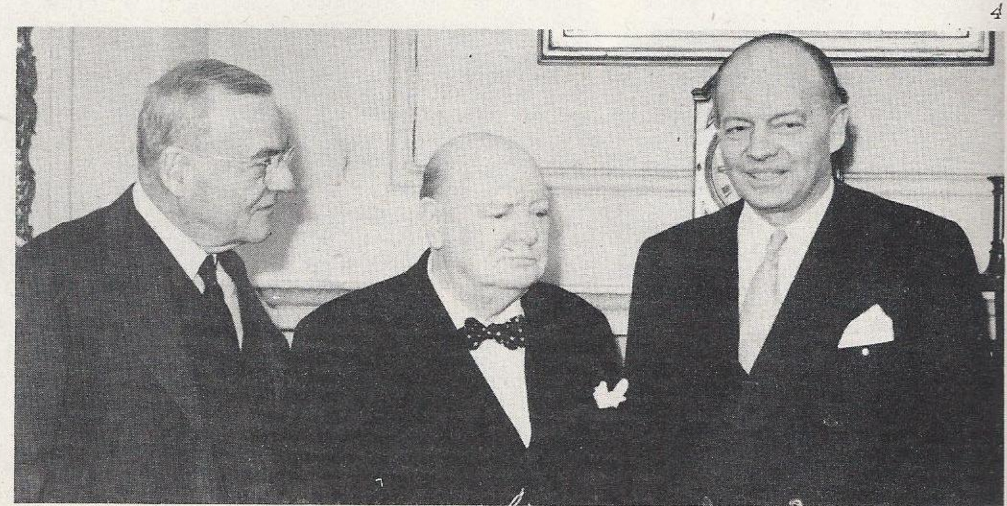
*1*



3



*4*



5

*1. En 1958, De Gaulle fija en el pecho de Churchill la "Cruz de la liberación".*

*Winston Churchill en coloquio con algunos protagonistas de la guerra fría: Adenauer (2), Montgomery (3), Eisenhower (4) y Foster Dulles (5).*

la visita a los campos de batalla con los viajes a través del mundo para reunirse con los jefes de los países amigos. También en otro de los aspectos que la segunda guerra mundial mostró como guerra total —esto es, el encuentro ideológico y la batalla de las propagandas— el viejo líder conservador no estuvo a la zaga de ninguno de ellos, y su oratoria fue un arma poderosa para romper el aislamiento de Inglaterra y para aislar a sus enemigos. No sin razón un historiador alemán, Golo Mann, el hijo del autor de *La montaña mágica*, dijo que los discursos de Churchill permanecerán memorables "mientras la palabra humana siga teniendo validez". Pronunciados en la Cámara de los Comunes, o leídos ante los micrófonos de la *BBC*, precedidos por los rituales toques de tambor, signaron con dichos famosos las principales fases de la guerra y fueron un coeficiente decisivo para hacer de la batalla de Inglaterra una lucha por la libertad del mundo.

Goebbels hacía trasmitir por las ondas de Radio Berlín una cancioncilla que hizo escribir expresamente para envolver a Churchill en el descrédito y el sarcasmo; titulada *Lügenlord* (El Lord de las Mentiras), decía: "Hay en Londres un hombrecillo, que no puede nunca decir la verdad. Con sólo abrir la boca le salen mentiras, y de esto ríe todo el extranjero". Sin embargo, el "extranjero" no se reía de Churchill. Aumentaba, antes bien, el número de los hombres que, en los países todavía neutrales u ocupados por los nazis, e incluso en los mismos países que formaban parte del Eje, advertían la sobria inspiración de libertad que había detrás de la sanguínea fuerza de esos discursos. A la campaña descomedida y vulgar lanzada contra su persona por la propaganda nazi y fascista, Churchill respondía modelando, golpe tras golpe, un rasgo tras otro, un epíteto tras otro, el retrato de los dictadores que combatían contra él. Cuando se releen los discursos de Churchill de estos años, se advierte la habilidad del escritor que estrecha la mano del político, y se nota que el perfil de Hitler que ha entrado en la conciencia de los pueblos ha nacido en gran parte de esta obra de retratista y polemista de Churchill. Y, al lado de Hitler, circundado siempre por una confusa aureola de desprecio más que de odio, Mussolini. "Un hombre, y solamente un hombre —dijo Churchill dirigiéndose directamente al pueblo italiano en la primavera de 1941— ha empujado a Italia al torbellino de la guerra. ¿Dónde ha conducido el Duce a sus compatriotas después de dieciocho años de dictadura? A sufrir los golpes del Imperio Británico en el mar, en los cielos y en Africa. Y también a llamar a Atila a través del Brenner, a Atila con su soldadesca desenfrenada y con sus bandas de esbirros". ¿Acaso preveía Churchill que estas caracterizaciones tan tajantes y tan eficaces habrían sido invocadas como testimonios de descargo por las clases dirigentes que habían colaborado con Hitler y con Mussolini?

### La grande y difícil alianza

El año 1941 debía ser el año que diera definitivamente la razón a Churchill, confirmando la exactitud de su intuición política, pero que pondría a prueba, al mismo tiempo, su validez, demostrando cuán difícil hipótesis había constituido en un mundo que, a través de la guerra, estaba poniendo al desnudo, en la forma más radical, todas sus contradicciones. En ese año, efectivamente, la guerra iniciada en 1939 se convertía en verdad, en toda la extensión de la palabra, en una guerra mundial: con la agresión alemana a la Unión Soviética (22 de junio de 1941) y con el ataque japonés a la flota norteamericana en Pearl Harbour (7 de diciembre de 1941), no hubo ya continente ni océano sobre el cual no se combatiese o no se prepararan las armas. Inglaterra dejaba de estar sola en su lucha contra Alemania, aun cuando en Asia un nuevo y peligroso ataque se dirigía contra un sector particularmente importante de su Imperio.

La alianza por la cual Churchill había luchado con tanta energía antes del estallido del conflicto y durante los primeros dos años de las operaciones militares, se había finalmente realizado. Pero el estado de necesidad en el que se produjo esta alianza —más bajo los golpes asestados por el enemigo que en virtud de autónoma elección— podía ocultar, pero no eliminar, la dificultad que ella encontraba en las cosas, y aún más en la concepción misma de Churchill. Churchill no se echó atrás cuando Hitler invadió con más de cien divisiones el territorio de la Unión Soviética, imitado y ayudado en seguida por toda la cohorte de sus aliados y vasallos. Si el ataque a la Unión Soviética entendió atenuar la hostilidad inglesa, Churchill salió inmediatamente al paso a toda ilusión. Igual que en el verano del año precedente, tampoco esta vez tuvo vacilaciones. A quienes en la víspera de la agresión alemana contra la URSS le plantearon la cuestión de si no había contradicción entre su anticomunismo y su decisión de trabar una alianza con la Unión Soviética, Churchill les respondió: "Tengo un único objetivo: la destrucción de Hitler, y esto me hace mucho más fácil la vida. Si Hitler invadiera el infierno, haría por lo menos una alusión favorable al diablo en la Cámara de los Comunes". No en la Cámara de los Comunes, sino ante los micrófonos de la *BBC*, Churchill pronunció en la noche del 22 de junio de 1941 el discurso que equivalía a la declaración de solidaridad del Gobierno de Su Majestad Británica con el país agredido. Reafirmación de todas sus propias contrastantes convicciones y eficacia oratoria hacen de ese discurso uno de los más trascendentes pronunciados por él durante toda la guerra: "El régimen nazi no difiere en sus peores aspectos del régimen comunista. Carece de toda base y principio, salvo el instinto de rapacidad y de dominación racial. Supera todas las formas de perversidad humana en cuanto a técnica de crueldad y a ferocidad de agresión.

Nadie ha sido adversario del comunismo con más consecuencia que yo durante los últimos veinticinco años. No desmentiré ni una sola de las palabras que he pronunciado sobre este tema; pero todo se desvanece frente al espectáculo que se está desarrollando en estos momentos. El pasado con sus delitos, sus locuras y sus tragedias, desaparece. Veo a los soldados rusos, firmes sobre los límites de su tierra natal, que defienden los campos cultivados por sus padres desde tiempos inmemoriales. Los

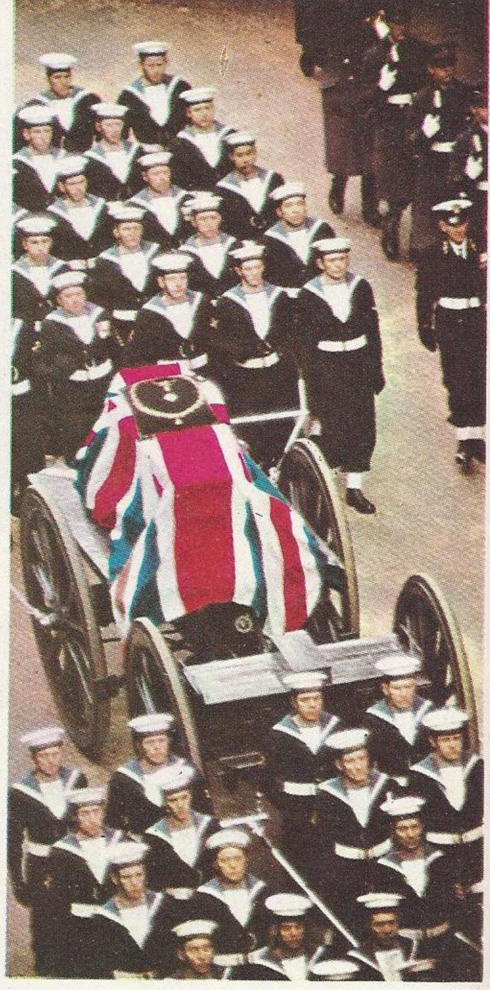
veo mientras defienden sus casas, donde las madres y las esposas ruegan —sí, porque hay tiempos en los que todos ruegan— por la salvación de sus seres queridos, por el retorno del que gana el pan cotidiano, de su protector y defensor. Veo las diez mil aldeas, donde los medios para vivir han sido arrancados del suelo con tanto sacrificio, y en donde todavía subsisten los bienes humanos primordiales, donde las muchachas ríen y los niños juegan. Veo avanzar contra todo esto, espantoso asalto, la maquinaria bélica nazi, con sus oficiales prusianos en papel de pisaverdes y que se complacen con el chocar de los talones y el tintineo de sus espuelas, con sus agentes hábiles y expertos que vuelven de su hazaña de haber aterrorizado y esclavizado a una docena de países. Veo también a las masas de la soldadesca huna, obtusas, bien adiestradas, dóciles y brutales, que avanzan pesadamente semejantes a bandadas de langostas que se arrastran; veo a los bombarderos y los cazas alemanes en el cielo, todavía dolientes por los castigos que los británicos les han infligido, felices de caer sobre la que ellos consideran la presa más fácil y segura. Detrás de todo este desfile alucinante, detrás de todo este huracán, veo a ese reducido grupo de hombres perversos que proyectan, organizan y desencadenan sobre la humanidad esta catarata de horrores. ¿Tengo que hacer la declaración, o podéis vosotros alimentar dudas sobre la política a seguir por el gobierno? Tenemos un solo objetivo y un único, irrevocable propósito. Estamos decididos a aniquilar a Hitler y a todo vestigio del régimen nazi. Nada nos apartará de tal propósito, absolutamente nada. No trataremos jamás, no negociaremos jamás con Hitler, ni con ninguno de su banda. Lo combatiremos por tierra, lo combatiremos por mar, lo combatiremos por el cielo, hasta que, con la ayuda de Dios, hayamos liberado a la tierra de su sombra y a los pueblos de su yugo. Todo hombre y todo Estado que combata contra el nazismo recibirá nuestra ayuda. Todo hombre y todo Estado que marche al lado de Hitler es nuestro enemigo".

De acuerdo con esta declaración Churchill firmaba el 10 de julio un acuerdo con un representante de la Unión Soviética, mediante el cual los dos países se comprometían a prestarse recíprocamente ayuda y asistencia y a no negociar una paz por separado. En la Cámara de los Comunes, Churchill declaró que se trataba de una verdadera "alianza" a todos los efectos.

Pero, antes que ella comenzara a funcionar en el plano militar, volvieron a presentarse algunas de las dificultades que con anterioridad al año 1939 habían impedido que se llegara a una alianza preventiva. Sólo recordaremos un pequeño pero significativo episodio. Todas las noches la *BBC* solía trasmitir los motivos de los himnos nacionales de los países aliados con el Reino Unido. Después de la firma del acuerdo del 10 de julio, los oyentes ingleses esperaban que la *Internacional,* a la sazón himno nacional soviético, siguiera al *Dios salve al rey* y a la *Marsellesa,* pero fue en vano. A raíz de la interpelación de un diputado laborista que solicitaba explicaciones por esta omisión, se optó por suspender la trasmisión de los himnos nacionales antes que hacer oír las notas del himno grato a los trabajadores de todo el mundo. La cuestión era mucho más simple, sin ninguna duda, en relación con la alianza con Estados Unidos. Hacía ya bastante tiempo que Roosevelt estaba convencido de la necesidad de la intervención de Estados Unidos y sólo esperaba elegir el momento y las formas más oportunas para provocarla de un modo aceptable ante la opinión pública de su país, que se había encerrado en gran parte en la caparazón aislacionista después de la experiencia no del todo feliz de la participación norteamericana en la primera guerra mundial. Pero la ayuda americana afluía cada vez más copiosamente a través del Atlántico, y Churchill no perdía ocasión para subrayar la comunidad de los destinos de ambos países, y para recordar el aporte decisivo que podía venir de los Estados Unidos. Demasiado bien conocía Churchill al presidente norteamericano y la orientación de la opinión pública de Estados Unidos como para no recordar que la intervención sólo podía producirse sobre la base de una declaración de principios que invistiera a la nación americana y a la causa de los aliados, de una precisa función moral, traducible en un proyecto de orden internacional que se haría valer después de la victoria. La reunión de Churchill con Roosevelt, a bordo respectivamente del acorazado británico *Príncipe de Gales* y del crucero norteamericano *Augusta,* a lo largo de las costas de Terranova en agosto de 1941, fue explícitamente dirigida al cumplimiento de este objetivo. Churchill participó en esta reunión con todo el énfasis de que era capaz su naturaleza, sentimental y calculadora. "Se habría creído —pudo escribir Henry Hopkins, emisario personal de Roosevelt ante Churchill— que se sintiera trasportado al cielo para reunirse con Dios". Pero la "Carta del Atlántico" que nació el 25 de agosto de las conversaciones y acuerdos de esa reunión, no correspondió del todo a las orientaciones políticas del primer ministro británico. Hay en ese documento cierto democratismo proyectado hacia la previsión y organización del futuro que no podía no repugnar a su concepción de la historia fundada en el libre intercambio de las fuerzas como fuente de juicio. La "Carta del Atlántico", con sus principios que repudian toda forma de conquista, que no admiten cambios territoriales sino con el consenso de las poblaciones interesadas, que sancionan la libertad de cada pueblo para elegir su propia forma de gobierno, el acceso de todos los Estados a las principales fuentes de materias primas, hería hondamente la estructura y la existencia misma del Imperio Británico, porque mientras preveía su disolución como organismo privilegiado, hacía brillar en los pueblos que oprimía la ilusión de una próxima liberación. Churchill estaba demasiado convencido de la necesidad de llevar victoriosamente a término la guerra para no aceptar el documento que Roosevelt le propuso, pero son extremadamente significativos los límites dentro de los cuales lo interpretó, al referirse a él en la Cámara de los Comunes, restringiendo su aplicación a los pueblos del continente europeo sometidos a la ocupación de los ejércitos nazis.

Empero, la formación de la coalición antihitlerista constituía un éxito enorme de la

*1. Los funerales de Sir Winston Churchill: el transporte del féretro en la cureña del cañón.*



1

política de Churchill, una concentración de fuerzas imponentes e indestructibles: aun cuando el Imperio Británico tuvo que sufrir la derrota de mayor relieve en la segunda guerra mundial, la capitulación de la guarnición de Singapur, que abría a los japoneses el camino de Birmania e India, aun cuando los Estados Unidos habían perdido las principales posiciones del Pacífico, y los ejércitos de Hitler en Rusia se extendieron hasta las puertas de Moscú, Leningrado y Stalingrado. Esta alianza gigantesca y difícil, probablemente una de las más grandes y difíciles que haya registrado la historia humana, soportó las durísimas pruebas de su fase inicial hasta el momento en que, casi simultáneamente, Stalingrado y El Alamein volcaron la suerte de la guerra y pusieron coto —son palabras de Churchill— si no al principio del fin, por cierto al fin del principio. La complejidad de las relaciones con la Unión Soviética se puso de manifiesto particularmente en cuanto se trató de responder al compromiso, contraído a consecuencia de las estipulaciones de la alianza formal, de abrir un "segundo frente" que aliviara a la Unión Soviética de la presión alemana que soportaba casi con sus solas fuerzas.

Durante la visita a Londres del ministro de relaciones soviético Molotov, en agosto de 1942, Churchill adhirió a la propuesta de suscribir una declaración que anunciaba el cumplimiento de ese acto en el curso del mismo año. Pero habrá que esperar hasta el 6 de junio de 1944 para que la operación *Overlord* se lleve a cabo y se pueda abrir efectivamente un "segundo frente" en Europa. En realidad, el plan que acariciaba Churchill se había vuelto más complejo ahora que Inglaterra no se encontraba sola en su enfrentamiento con Hitler. La defensa del Imperio exigía que la destrucción de Alemania se produjera a través de la salvaguarda de todas las principales posiciones inglesas, que tuviese su centro en el Mediterráneo y que previese un difícil avance y una subsiguiente contención de las posiciones de la Unión Soviética. De aquí las presiones de Churchill sobre Roosevelt para inducirlo a hacer preceder el ataque a la fortaleza europea de un golpe asestado al "bajo vientre del animal": la operación *Torch*, del desembarco en Africa septentrional, como preludio de un ataque contra Italia y la península balcánica. Es dudoso que la segunda guerra mundial plantease tan sólo problemas de equilibrio o que no presentase, por sus orígenes y por sus mismos desarrollos, la superación de un sistema fundado en el equilibrio. Churchill, empero, no tenía en su arco otras cuerdas que las que lo habían empujado a combatir. El principio del equilibrio constituía la "última Thule" de su política, y advertía que este equilibrio se subvertía en desmedro del Imperio, justamente cuando la guerra que él había combatido en nombre de ese principio, comenzaba a presentar soluciones favorables.

La última fase de la segunda guerra mundial fue vivida por Churchill con la asediante preocupación de que la potencia de los nazis pudiera llegar a ser destruida en forma y en condiciones tales que perjudicaran al Imperio Británico en Europa y en Asia. En la primera gran conferencia política y militar que las tres grandes potencias celebraron en Teherán, Churchill hizo todos los esfuerzos posibles para convencer a Roosevelt y a Stalin de que el "segundo frente" debía abrirse en los Balcanes, y que el ingreso de Turquía en la guerra, al lado de las Naciones Unidas, era una cuestión de importancia vital. Pero Stalin tuvo buena habilidad al replicarle que el ataque a Alemania no permitía desviaciones ni dilaciones y obtuvo fácilmente el asentimiento de Roosevelt, presentándole la derrota de Alemania como premisa absolutamente necesaria para la intervención de la Unión Soviética en la guerra contra el Japón.

A partir de este momento, la gravitación de Churchill en la gran coalición fue disminuyendo gradualmente en importancia y en eficacia. Todas las iniciativas militares que modificaran la estrategia general concertada en Yalta o las tentativas de una conducta militar autónoma en el ámbito de la invasión anglo-americana de Europa cayeron en el fracaso o toparon contra realidades y voluntades más fuertes. Así ocurrió con el desembarco efectuado en Anzio (22 de enero de 1944) para conferir mayor relieve al frente italiano; así con el proyecto propuesto por Montgomery, de acuerdo con Eisenhower, de impulsar la ofensiva contra Alemania sobre la dirección septentrional, a través de Hamburgo, en la tentativa de alcanzar Berlín antes que el ejército rojo. En la última reunión de los tres grandes en Yalta (febrero de 1945), que más que de los problemas de la guerra se ocupó de la organización del mundo después de la reconquista de la paz, Churchill se había reducido a un brillante co-primer ministro entre un Stalin y un Roosevelt que, si tenían dificultades para comprenderse plenamente, se sentían de cualquier modo empujados a moverse y a hacer previsiones sobre un mismo plano. El éxito más importante que cosechó Churchill en esta fase, fue en las tratativas concertadas con Stalin para la división de las respectivas esferas de influencia en la Europa danubiana y balcánica: una página de historia que reconstruyó con dramática evidencia en la historia de la segunda guerra mundial, como si sugiriera que Stalin, mientras en el curso de la guerra había nutrido esperanzas en un orden internacional completamente renovado, fue inducido, después que el esfuerzo decisivo se había cumplido, a buscar soluciones de acuerdo con su interlocutor inglés en el plano de la política de poder.

## ¿El más grande en el más gran drama?

En el coro casi unívoco de elogios y de valoraciones positivas que tanto en Inglaterra como en el resto del mundo acompañó en el mes de enero de 1965 el transporte de los restos mortales de Winston Churchill a su última morada, adquirió notable relevancia el juicio expresado por el general De Gaulle: "Dans le plus grand drame le plus grand" (el más grande en el más gran drama). Juicio fundado en una concepción heroica de la historia, propia de quien lo ha pronunciado, y que habría agradado indudablemente el gusto intelectual de Churchill antes aun que complacerlo personalmente. La claridad política del estadista británico, cuya biografía acabamos de trazar brevemente, demuestra que para llevar a cabo este cometido, para recibir este elogio, se había preparado cuidadosamente.

Es cierto que Churchill se sustrajo al destino que en los respectivos países afectó a Roosevelt y a Stalin, y ha hecho de éstos los principales imputados de un proceso encaminado a verificar las responsabilidades de las dificultades de la paz o de las fases negativas de la guerra. Su fama de *condottiero* de la segunda guerra mundial no ha sido ensombrecida ni discutida hasta el presente en Inglaterra. ¿Pero bastan estos hechos para legitimar el juicio de De Gaulle?

En realidad, cuando se sale del ámbito nacional o de la concepción "heroica" de la historia, ese juicio no puede dejar de suscitar las más amplias reservas y las mayores perplejidades. Porque la segunda guerra mundial no fue simplemente una guerra en términos cuantitativos, más importante que la que la precedió veinte años atrás: no sólo participó en ella un número casi doble de Estados y el espantoso balance de la carnicería pasó de los 10 millones de 1914-1918 a los 50 millones de 1939-1945. También cualitativamente la segunda guerra mundial presentó numerosos aspectos nuevos. La continuidad de la dirección política y militar en las manos de fuertes personalidades fue sin duda una de sus características más destacadas, pero no fue menos importante la participación de masas no ya pacientes y sufrientes, sino conscientes y activas. Es entre los anónimos protagonistas de estas filas de nuevos combatientes, entre los judíos del ghetto de Varsovia o los guerrilleros yugoslavos, entre los deportados de Buchenwald o entre los condenados al exterminio de Auschwitz, donde Churchill puede encontrar los rivales capaces de disputarle la definición que De Gaulle forjó para él. Porque fueron precisamente estas fuerzas nuevas, emergidas y dramáticamente maduradas durante la segunda guerra mundial, las que Churchill, en efecto, estuvo lejos de comprender y apreciar. El carácter y el límite de su realismo político consistieron precisamente en esto. Sabía dirigirse al democratismo de Roosevelt aun cuando no comprendiera sus razones más profundas. Con el jefe del Estado socialista, con Stalin, el heredero del "Gran Renegador", supo entenderse en muchas ocasiones y, aun en medio de una profunda desconfianza recíproca, tuvo algunos momentos de mutua sinceridad. Churchill no era insensible a las ideas hondamente divergentes de las propias, por más que tuvieran un origen revolucionario que había combatido; pero debían encarnarse en fuerza, en poder, haber superado la muralla del sonido de la difícil y combatida afirmación. Pero contra los pueblos, contra los grupos sociales y los movimientos políticos que por una razón u otra no hubieran llegado a ese nivel y conservaran un carácter "subalterno", Churchill demostró una incomprensión y una aversión que tienen pocos antecedentes en la historia de nuestro siglo: los movimientos de resistencia de la segunda guerra mundial lo experimentaron no menos de lo que lo conocieron los obreros ingleses o los pueblos del Imperio Británico. Por cierto, el Churchill que sobrevivió a la segunda guerra mundial pareció intuir que el mundo había cambiado profundamente y dio pruebas de querer hacer frente a estas transforma-

ciones con energía y con espíritu de iniciativa. Si en la política interna volvió a los matices del antisocialismo más encendido, difamando a los administradores laboristas que durante cinco años habían colaborado con él, como los importadores de un Estado que habría constituido el plagio del "Estado de la Gestapo", en política internacional sus iniciativas tuvieron una repercusión y una consistencia superiores. La línea de política internacional de Churchill en la posguerra se movió entre el discurso de Fulton (1946) y la apelación a una reunión cumbre entre los jefes de las grandes potencias (1953), señalando así prácticamente el comienzo de la "guerra fría" y el principio de su fin.

Pero la política delineada en Fulton, con el llamado a la jefatura del mundo anglosajón que implicaba, no chocaba solamente contra la "cortina de hierro" que había bajado de Stettin a Trieste y del otro lado de la cual comenzaba, en las capitales de los Estados ex satélites del imperialismo occidental, una dramática e irreversible transformación social y política. Pero nunca como en aquel momento, tal manifiesto estaba destinado al fracaso ante un emerger de pueblos de todos los continentes que trataban de extraer de la guerra la lección de la historia reciente y lejana, y que no podían admitir pasivamente una restauración —cualquiera fuera el disfraz con que se presentara— del equilibrio de las grandes potencias, vuelto más peligroso ahora por la intimidación y el terror atómicos. El mismo Churchill, que en 1953 se hizo fautor de una reunión de máximo nivel entre los jefes de las grandes potencias, ¿llegó a la conciencia de que la iniciativa lanzada por él siete años antes había contribuido a liberar fuerzas imprevistas e incontroladas, que amenazaban arrastrar a la humanidad a una nueva y grande conflagración, susceptible esta vez de destruir las raíces mismas de la civilización? Parece que puede excluirse que Churchill hubiera llegado de pronto a la plena comprensión de las características de los nuevos tiempos y de las necesidades que surgían en la política internacional: la "coexistencia pacífica" exige una reglamentación de las relaciones entre los Estados de diferente régimen político y social que implica necesariamente, a breve o largo plazo, la disolución de los imperios y la posibilidad de todos los pueblos de la tierra de convertirse en artífices de sus propios destinos. Pero no era para esto que Churchill había luchado durante tanto tiempo. Más probablemente, su iniciativa fue iluminada por la amarga conciencia de que la causa por la cual él había combatido durante más de medio siglo era minada por todas partes, tanto por los aliados con los cuales había tratado de trabar la solidaridad más estrecha como por los adversarios tradicionales. Quizás la inspiró también la esperanza de volver a encontrar el espacio y la dignidad para una política que había dejado de tener a su disposición todas las letras del alfabeto, con una iniciativa que solo podía sorprender a quien no había captado la singular contradicción de este estadista, verdaderamente grande sólo en tiempo de guerra, y dotado sin embargo de una extraordinaria sensibilidad para las consecuencias que ella ha engendrado de tanto en tanto. Pero, iniciada paradójicamente por Churchill, la fase de la "distensión" escapó muy pronto de su control y tomó otras direcciones para abarcar problemas que ya no eran más reducibles únicamente al viejo equilibrio europeo. Entonces, antes de presidir la desintegración del Imperio, cuyo ocaso había alcanzado a iluminar a veces de un vivo esplendor, Churchill prefirió abandonar el poder para volver a recorrer en el recuerdo las etapas de una historia gloriosa.

Bibliografía

*Obras principales de Winston Churchill: London to Ladysmith via Pretoria* (1900); *Lord Randolph Churchill* (1906); *My African Journey* (1908); *Liberalism and the Social Problem* (1910); *The World Crisis*, 4 vol. (1923-1929); *My Early Life* (1930) (trad. española: *Mi primera juventud*, Fariña Ed.); *The Eastern Front* (1931); *Thoughts and Adventures* (1932); *Malborough*, 4 vol. (1933-1938); *Great Contemporaries* (1937); *Step by step* (1939) (artículos); *The Unrelenting Struggle* (nov. 1940-dic. 1941) (discursos); *The End of the Beginning* (1942) (discursos); *Onwards to Victory* (1943) (discursos); *The Dawn of Liberation* (1944) (discursos); *Victory Speeches* (1945); *Secret Session Speeches* (1946); *Sinews of Peace* (1948) (discursos).

Woods, Frederick, ed. *A Bibliography of the Works of Sir Winston Churchill*. 2. ed. rev. St. Pauls Biblios England, 1979. Churchill, Sir Winston Leonard Spencer. *A history of the English-speaking peoples*. 4 v. ilus. Nueva York, Dodd, Mead, 1983. (V. 1, The birth of Britain; v. 2, The New World; v. 3, The age of revolution; v. 4, The great democracies.) Existe traducción al castellano: *Historia de Inglaterra y de los pueblos de habla inglesa*. Buenos Aires, Peuser, 1956-1958, 4 v. En inglés también existe una edición abreviada: *Churchill's History of the English-speaking peoples; arranged for one volume*, por Henry Steele Commager, Greenwich House, 1983, 475 p. *Great contemporaries*. Londres, Thornton Butterworth Ltd., 1938. *The Inside of the Cup*. Telegraph Books, 1981. (Reprod. la ed. de 1913). *Liberalism and the Social Problem*. Haskell, 1972 (British History Series, 30; reprod. 1ª ed. de 1909). Memoirs of the Second World War. *H. M., 1959 (Existe traducción en castellano: La segunda guerra mundial*. 4. ed. Trad. de Carlos V. Frías. Buenos Aires, Peuser, 1950-1965, 6 v. ilus. mapas). *Mr. Crewe's Career*. Telegraph Books, 1981. (Reprod. 1ª ed. de 1908). *Richard Carvel*. Telegraph Books, 1981. (Reprod, 1ª ed. de 1899). *Parlamentary government and the economic problem*. Oxford, 1930. *Winston S. Churchill: His Complete Speeches, 1897-1963*. Robert R. James, ed. 8 v. Chelsea House, 1963. La edición abreviada es: *Churchill Speaks: Winston S. Churchill in Peace and War. Collected Speeches, 1897-1963*. Chelsea House, 1980. (Existe traducción al castellano de los discursos de guerra: *El fin del principio; del abismo a la victoria*. Discursos de guerra compilados por Charles Eade. Trad. del inglés por Néstor A. Morales. Buenos Aires, Claridad, 1944). *Winston Churchill. Servidor de la Corona*. Con la contribución de varios autores. Edición de Gilbert Murray. Buenos Aires, Kraft, 1955 (Colec. Cúpula).

Hobsbawm, Eric J. *Las revoluciones burguesas*. 3ª ed. Madrid, Guadarrama, 1974, 2 v. (Punto Omega, 123). Parker, R. A. G. *El siglo XX: Europa 1918-1945*. V. 34 de la *Historia Universal*.. México, Siglo XXI. Woodward, E. L. *Historia de Inglaterra*. 2. ed. Madrid, Alianza, 1982. Barker, Elisabeth. *Churchill and Eden at War*. St. Martin, 1979. Brendon, P. *Winston Churchill*. Harper and Row, 1984. Broad, Lewis. *Winston Churchill: A Biography*. Greenwood, 1972. (De la primera ed. de este libro existe una trad. al castellano: *Winston Churchill*. Madrid, Pegaso, 1944). Cowles, Virginia. *The Great Marlborough and His Duchess*. Ilus. Macmillan, 1983. Chastenet, Jacques. *El parlamento de Inglaterra*. Trad. de José M. Quiroga Plá. Buenos Aires, Argos, 1947. Fuller, J. F. *La II guerra mundial*. Trad. R. P. Pérez Roldán. Buenos Aires, Struhart, 1982. Goering, Hermann. *Goering's Last Letter to His Accusser, Prosecuter, Judge and Hangman: Winston Churchill*. Revisionist Press, 1982. Guedalla, Philip. *Mr. Churchill: A portrait*. Folcroft, 1977. (Reprod. 1ª ed. de 1941). Guffan, Jean. *Churchill*. París, Masson, 1978. Higgins, Trumbull. *Winston Churchill and the Second Front, 1940-1943*. Greenwood, 1975. (Reprod. 1ª ed. de 1957). Kersaudy, François. *Churchill and De Gaulle*. Atheneum, 1983. *Stratèges et Norvège 1940. Les jeux de la guerre et du hasard*. París, Hachette, 1977. Lewin, Ronald. *Churchill As Warlord*. Stein and Day, 1982. Neilson, Francis. *Churchill and Yalta*. Revisionist Press, 1979. *The Churchill Legend: Winston Churchill as Fraud, Fakir and War-Monger*. Revisionist Press, 1983. *Churchill's War Memoirs*. Revisionist Press, 1979. Rabinowicz, Oscar K. *Winston Churchill on Jewish Problems*. Greenwood, 1974. Sigfried, André. *La crise britannique au 20è siècle*. París, A. Colin, 1975. Soames, Mary. *Clementine Churchill: The Biography of a Marriage*. H. M., 1979. Sydenham, George S. C. et al. *The World Crisis by Winston Churchill. A Criticism: Lord Sydenham, Admiral Bacon, General Maurice, General Bird and Sir Charles Oman*. Association Faculty Press, 1970. Thompson, Kenneth W. *Winston Churchill World View; Statesmanship and Power*. State University Press, 1983. Trukhanovsky, V. *Winston Churchill: A Political Biography*. Moscú, Progress, 1978. Viereck, Peter R. *Conservatism, from John Adams to Churchill. An anvil original under the general editorship of Louis L. Snyder*. Princeton, Van Nostrand, 1956.

*El próximo número de*

# LOS HOMBRES de la historia

**La Historia Universal a través de sus protagonistas**

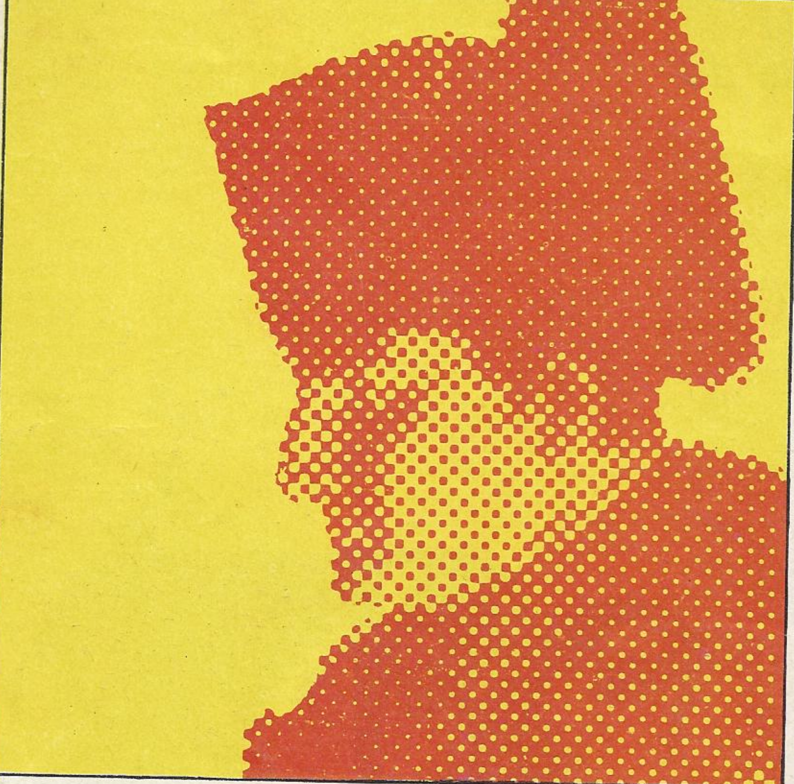
*contiene la biografía completa e ilustrada de*

# Piaget



# LOS HOMBRES

LOS HOMBRES
LOS HOMBRES
LOS HOMBRES



**La colección de biografías históricas más importante del mundo.**

Los grandes períodos de la historia universal desde la civilización de los orígenes hasta el mundo contemporáneo.

La interpretación más moderna y documentada de los hechos que preocuparon y preocupan al hombre: la historia, las ciencias, el arte, la religión, la política.

Prestigiosos autores han prestado su colaboración: Jean Bachelot, Ruggiero Romano, José María Moreno Galván, Christopher Hill, Isaac Deutscher, Albert Soboul, Rafael Alberti, Fernand Braudel, Jacques Le Goff, Alberto Tenenti, A. M. Schlesinger (h), François Chatelet, etc., etc.

Más de 5.000 fotografías, cuadros, mapas, grabados, a todo color y en blanco y negro, que forman un extraordinario Archivo Documental de la Historia del Mundo.

Las biografías de los personajes de todos los tiempos y todos los países cuya historia es la historia del mundo.

**Plan de la obra**

**1/ La civilización de los orígenes**
Homero, Pitágoras, Moisés, Buda, Confucio, Zoroastro, Solón...

**2/ El mundo grecorromano**
Pericles, Sócrates, Platón, Aristóteles, César, Augusto, Virgilio, Jesús . . .

**3/ Cristianismo y Edad Media**
Carlomagno, Mahoma, Gengis Khan, Tomás de Aquino, Dante, Marco Polo, Giotto . . .

**4/ Del Humanismo a la Contrarreforma**
Leonardo da Vinci, Miguel Angel, Carlos V, Maquiavelo, Cristóbal Colón, Lutero . . .

**5/ Los siglos XVII y XVIII**
Galileo, Shakespeare, Richelieu, Cervantes, Descartes, Túpac Amaru, Voltaire, Newton . . .

**6/ La Revolución Francesa y el período napoleónico**
Robespierre, Stendhal, Napoleón, Goya, Beethoven, Goethe, Metternich . . .

**7/ El siglo XIX (I)**
Hegel, San Martín, Darwin, Artigas, Poe, Wagner, Balzac, Lincoln . . .

**8/ El siglo XIX (II)**
Marx, Verdi, Nietzsche, Tolstoi, Van Gogh, José Martí, Pasteur, León XIII . . .

**9/ El siglo XX (I)**
Freud, Churchill, Picasso, Lenin, Einstein, Hitler, De Gaulle.

**10/ El siglo XX (II)**
Sartre, Che Guevara, Franco, Gandhi, Proust, Eisenstein . . .

La publicación se inicia con los títulos correspondientes al **Siglo XX**.
La dirección se reserva el derecho de cambiar algunos de los títulos del presente plan.